

**El columnista:  
ileso en el laberinto  
(1993-2005)\***

**Vicent Franch i Ferrer**

*Desine fata deum flecti sperare precando*  
Virgilio, *Eneida* 6, 376

No esperes doblegar los hados de los dioses con tus súplicas

*Nota del autor*

*Este libro recoge una breve selección de artículos publicados en diferentes periódicos, aunque especialmente en EL PAIS-Comunitat Valenciana, cuya característica principal es que escapan al estricto ámbito de la política. El autor los ha reunido aquí sin más pretensión que ofrecer a sus lectores, amigos, conocidos y saludados una muestra de consideración y aprecio ante el nuevo año. Una versión quizás más reducida, o ampliada a artículos publicados entre 1976 y 1993 del mismo cariz, y con prólogo de José Félix Escudero, verá la luz en pocos meses en una colección de libros de una prestigiosa editorial valenciana.*

*El autor, además, ha puesto unas pocas notas al pie para facilitar la lectura de algunos artículos donde se hacían referencias implícitas a hechos quizás ya olvidados, o a circunstancias personales que le ha convenido recordar.*

## **Bienvenidas novedades<sup>1</sup>**

(ABC, 28.12.93)

Filtrar a la prensa determinadas noticias o datos parece moneda corriente de políticos desde que Pedro Altares inauguró la moda lanzando a los leones el borrador del anteproyecto de Constitución de eso hace ahora más de tres lustros.

Pues bien, aunque es lo corriente, esta vez, en lugar de buscar un periodista, dos protagonistas de máximo nivel de la política valenciana acaban de verter al alimón sus cuitas a un mismo recipiente y nada menos que para anunciar que han suscrito un documento breve pero contundente sobre algo que desde hace muchos años viene dando dolores de cabeza en nuestro mundo político.

Efectivamente, el Molt Honorable President de la Generalitat Valenciana, Joan Lerma, convocó la pasada víspera del día de Navidad al muy ilustre presidente regional del PP, Eduardo Zaplana, para contestarle a su petición de días atrás. La reunión duró poco más de una hora y, en su transcurso redactaron un breve documento cuyo contenido

---

<sup>1</sup>El 28 de diciembre era el Día de los Santos Inocentes. El autor, deseaba tanto un arreglo del tema lingüístico que se adelantó a los acontecimientos. Se produjo un cierto revuelo por el artículo, pero las cosas todavía no estaban maduras.

debía hacerse público unos días después a través del anómalo procedimiento de confesarlo por separado y sin dar a conocer el texto a una misma persona, es decir, a quien suscribe.

La primera comunicación fue del president Lerma: Escuetamente me dijo que el señor Zaplana y él mismo habían suscrito un compromiso tendente a solucionar de inmediato el espinoso problema de la identidad de la lengua propia de los valencianos. Añadió que se modificaría de común acuerdo la Ley de Uso y Enseñanza del Valenciano en el sentido de dar a las Universidades Valencianas la competencia en materia lingüística y que, por tanto, la guerra de la lengua tocaba a su fin.

Por su parte Zaplana insistió en que zanjado el problema de la identidad del valenciano quizás convenía que pasásemos a hablar de todo lo demás, es decir, de cuando, cómo y con qué intensidad íbamos a formalizar mi adscripción a su partido.

Un mucho confuso, quise cerciorarme de que no se trataba de ninguna treta urdida por unos o por otros para dejarme fuera de combate. Inquirí al Sr. Lerma y me aseguró que el PP y el PSOE habían firmado lo que será el inicio de una etapa de definitiva prosperidad para el valenciano. Volví a Zaplana, y le repetí que si era cierto que el PP admitía que valenciano, catalán, mallorquín, ibicenco, menorquín, alicantino, barcelonés, rosellonés, castellanense,... eran el mismo idioma me tenía para todo lo demás. Volvió a reiterarlo con más énfasis si cabe. Y allí quedé, a la vez que dueño de

una primicia periodística y quizás histórica prisionero de mi propia audacia.

Contrito y confundido me presento ante el nuevo año con un montón de explicaciones que dar a mis numerosos y fervientes detractores al tiempo que ante mi ya desbordante biblioteca asumo que la izquierda sólo es el largo camino que conduce a la derecha. Y no sé si reír o llorar.

### **Cita para columnistas**

(*EL PAIS*, 16.4.95.)

Hace ya algunos meses Iván Tubau recordaba en un artículo -'Una Universidad sin exámenes'-, que en los idus correspondientes le sobreviene la urgencia de escribir el mismo artículo año tras año; y que si a él le da por la tesis de la inutilidad de los exámenes universitarios, a Manuel Vicent, le sale el ritual artículo anti-taurino en cuanto ferias y sanfermines se apoderan de la modorra de las tardes calientes y sin esperanza de la canícula. En realidad, todos los escritores, y por extensión la especie atrabiliada por la voraz urgencia de la columna, acabamos singularizando la práctica del arabesco discursivo en obsesiones personales que suelen ser colofón, lo digamos o no, de la percepción lúcida de la propia insignificancia. Nos volvemos militantes de un tic, o iconoclastas esclavos de un trauma propio frente a utilidades banales y generalizadas que creemos interesadamente contrarias a la sensatez. A mi, por ejemplo, en cuanto el fuego se apodera de lo que queda de los bosques valencianos, algo que indefectiblemente ocurre a pesar de que

Emèrit Bono me asegure que ya no<sup>2</sup>, el mismo artículo de cada temporada pide cancha, como si intuyese que es tan imprescindible y urgente como inevitable la catástrofe ecológica. En realidad, ni Manuel Vicent se volverá militante de la antitauromaquia, ni el profesor Tubau se negará a examinar a sus alumnos ni yo pasaré de ser, aunque fundador, un socio más bien diletante de la Societat d'Amics de la Serra d'Espadà, lugar donde expió esa falta de decisión para mudarme al activismo ecologista<sup>3</sup>, por más que la certeza de ese fuego ritual me reconcilie con el poso reiterativo de aquél artículo que me pide la *venia docendi*.

Y es que lo que nos ocurre ni es extraordinario ni nos convierte en raros o excelsos, pues a cada mortal le obsesiona un detalle (o poco más) del entorno, y nos cegamos, le hacemos responsable de nuestra principal congoja, somos rotundos por él o contra él. Los hay que detestan el calor y lo proclaman en cuanto sudan como si les fuese la honra; o se atrincheran fieros ante los veranos; o desmienten a base de alaridos a quien ose ponderar con generosidad al difunto Tarradellas, afilan el lápiz cada vez que huelen a Lerroux en actitudes que no escuchan ni entienden, o la toman con las gaviotas que suben hambrientas por el cauce de un río maloliente, o se ponen histéricos hasta el paroxismo con las inocentes palomas ciudadanas por su inimputabilidad en materia de higiene, o con los perros y sus correspondientes

---

<sup>2</sup> En 1995 Emèrit Bono era Conseller de Medi Ambient de la Generalitat Valenciana, y se le quemaron montes y montes durante el ejercicio de su cargo.

<sup>3</sup> Todavía no sospechaba que acabaría expiando su falta de decisión con el cargo de Batlle-President del pequeño municipio de Aín, precisamente en la Serra d'Espadà, entre 1999 y 2003.

dueños,... o con la RENFE, para recordar que era lo poco permitido durante muchos años. Y puesto que no lo escriben, somos otros los que aprovechamos el clima para arrojarnos a la caverna de nuestro mito irredento con la esperanza de retener cerca a los cómplices con o sin causa. Y, así, de la azotea donde guardamos lo banalmente innegociable bajamos el trasto, le damos la pátina de esa literatura senil que es la obsesión y lo exhibimos sin pudor como señuelo de la paranoia venial que esperamos nos perdonen. Y es precisamente por eso que en esas columnas nos damos al alarde literario, hacemos como que historiamos lo obvio, recuperamos la trascendencia y la arrendamos a una causa sin lustre. Porque nos sabemos falaces, o frívolos, o lo que es peor, en el fondo, vanidosamente importantes.

A Andrés Estellés le obsesionaban el pan, los escotes femeninos con balcón y València, y abusó de todos ellos con el pretexto de la poesía; a Fuster, Sor Isabel de Villena, la supuesta incultura de los comerciantes de naranja -de todos menos uno- y un *ells* sin retorno que además hizo adeptos entre la sacristanía de nuestro nacionalismo; a Sanchis Guarner, el criollismo de los valencianos y el peligro de confundir cultura con etnia; y ahora mismo, a Josep Vicent Marqués<sup>4</sup>, un feminismo de altura a prueba de reconveniones; a Burguera, el hipotético y no deseado milagro de la conversión de la derecha a la civilización cultural; a Eliseu Climent, unos imposibles Jocs Florals

---

<sup>4</sup> Ahora mismo era ya hace mucho tiempo, porque en estos momentos, Josep Vicent libra una dura batalla por su salud en una clínica valenciana.

autóctonos con mensaje de *vera catalanitat*, presididos al alimón por algún arzobispo y un general... Todos ellos han (hemos) escrito, dicho, actuado y abusado de su (nuestra) respectiva pasión hasta ritualizarla engrosando la enciclopedia aun no escrita de los tics domésticos. Propongo, pues, para estas cortas vacaciones, o para el puente de mayo, o para las semanas siguientes al 28 de mayo que van a ser largas, densas y de inventario de dolientes un *deshabillé* de columnistas y un ajuste de cuentas con asignaturas pendientes. Os espero<sup>5</sup>.

---

<sup>5</sup> Como de costumbre, nadie acudió a la cita, porque los columnistas van a lo suyo.

## **Morella como síntoma**

(EL PAIS, 10.9.95)

Cuando miles de muchachos pasearon la sobrevenida frustración de la derrota del Valencia C.F. en la final de la Copa del Rey por las calles de Valencia para luego esperar hasta altas horas de la noche que llegase su ejército blanco vencido de Madrid y llorar con él; cuando en la singular y hasta hoy no ponderada manifestación del '6 de maig' (algún día hablaremos de ella a calzón quitado) se dio la circunstancia de que quizás algo más de la mitad de los asistentes eran adolescentes más cerca de la pubertad que de la quinta; cuando en la presentación de los jugadores del Valencia C.F. dos tercios del abarrotado aforo de Mestalla lo componían una vociferante chiquillería más cerca de la EGB que del BUP; cuando, en fin, como respondiendo a una llamada mágica, Morella, esa maravilla de la que me enamoré cuando era precisamente un adolescente, que celebraba un tradicional *Aplec* -el *dels Ports*-, se vio invadida por una descomunal riada de jóvenes procedentes en su mayoría de las comarcas del norte del País Valenciano algo empezaba a pedir ciertas aclaraciones o comentarios.

Los sociólogos -como habría sugerido Fuster- deberían decir algo sobre ese ya inocultable fenómeno de la movilización de los *teenagers* en direcciones justamente queridas no por los tradicionales animadores de los trayectos cívicos, reivindicativos, protestatarios o incluso revolucionarios sino por el abigarrado pero caótico consorcio de vendedores y mercachifles de toda clase de alternativas para su ocio. Una movilización que es al mismo tiempo desmovilización; en realidad, incitaciones a engrosar nuevas bolsas de consumo a financiar mediante la caridad familiar; pulsiones hacia un tipo de hedonismo innegociable, arrebatador, que transforma la energía juvenil en dispendio obsesivo en el objetivo por antonomasia que ahora se llama 'la marxa', es decir, el disfrute a tope de un ocio alienado, improductivo, escapista, regado en los alcoholes pertinentes, diestro en el canuto, y quien sabe en qué proporción si experto en la *pastillería* que los imbéciles llaman como amarrados a un marketing que merece mejor causa, *de diseño*. *La Marxa*, en mayúscula, pues, es la pulsión revolucionaria más visible de esta sorprendente movilización de la muchachada.

Bien mirado, el fenómeno no ha aparecido de pronto: ya había de antes un clamor temporalmente acotado en las pueblos de la Comunitat que se amparaba en el movimiento de reminiscencias tribales de las llamadas *penyes* o *colles*, una especie de sindicatillos promiscuos, asociaciones para compartir alcohol a módicos precios en las fiestas mayores y menores, de *weekend* o no, integradas por adeptos

enfundados en un uniforme bufo presidido por siglas casi siempre de sonrojo que venían gozando de la generosa permisividad del poder municipal cuando no de la delegación expresa de consistorios muy preocupados en no contrariar durante la semana de rigor en que aquellas reinan los excesos de todo tipo que traen sus pocas luces. Cuestión de tiempo es esperar a que la plebeyez de esa práctica invada las grandes ciudades valencianas (en Castelló ya hubo sus más y sus menos) para que dé gusto asistir al estupor de *fallers*, *moros*, *gaiaters*, *foguerers* y *cristians* ante la quintaesencia de *La Marxa* errática instalada como competidor irredento en sus dominios. De hecho, las rutas del merodeo sabatino alucinógeno-musical están ubicadas estratégicamente alrededor de nuestras grandes ciudades como al acecho. Cuando estos *pastorel.los* ambulantes con *La Marxa* a lomos decidan asaltar los espacios de los bienpensantes urbanitas, se acabó<sup>6</sup>. Mientras, en las urbes, y como fenómeno masivo - el resto es marginalidad-, sólo una turba infantil futbolera que ritualmente acude a su catedral y va calentando motores. Cuando descubran todas las aplicaciones del invento, las ciudades serán una infausta aglomeración de peñas rezando a su patrona: *La Marxa*.

¿Peñas como antídoto de tribus urbanas? ¿*La Marxa* como disuasoria? Está ganando lo lúdico, lo escapista, la huida hacia el ahora y aquí sin mañana, excesos incluidos,

---

<sup>6</sup> Evidentemente, todavía no había irrumpido el fenómeno del botellón, pero el autor se olía que iba a llegar la invasión. Hoy, sufre el botellón debajo de su casa en una recóndita plaza diseñada para albergar dos o tres días a la semana grupos de jóvenes con el bar a cuestas que acaban dejando la basura en la calle como si hubiesen tenido que huir precipitadamente.

porque otros caminos han sido pulcramente cubiertos por la maleza y las disuasiones, desaconsejados sin recato. ¿O no?

Recuerdo a Miquel Roca i Junyent en un mitin en Valencia (1986) cuando el PRD -o sea, aquello donde perdí la libido político-partidista quizás para siempre<sup>7</sup>-, denunciando que para muchos de nuestros jóvenes sólo había un horizonte de escasez e inseguridad y conciertos de rock a cargo del erario municipal. Alguien, decepcionado, le tildaba injustamente de catastrofista y de *reaccionario*. Con el tiempo, ni siquiera iba a ser necesario que los Ayuntamientos se gastasen un duro en conciertos de rock; con abandonar la calle para *La Marxa* ha sido suficiente.

Por eso, que hubiera 10.000, 12.000 o 16.000 jóvenes celebrando *La Marxa* suprema en Morella un infausto día de julio mientras en Casa Ciurana una treintena de ecologistas escuchaban a Oscar Tena desgranar las dentelladas que sufren els Ports con la contaminación de la llamada lluvia ácida constituye el núcleo esencial de la contradicción principal a resolver. Estar allí para no estar. Ir sin que importe el qué. ¿16.000 frente a 30?

Algún sociólogo debería explicar satisfactoriamente si estamos ante la *misión cumplida* por la que se pueden felicitar los augures de estos resultados o si en realidad el precio de ahorrarnos la proliferación de tribus o grupos politizados

---

<sup>7</sup> Se refiere el autor a que fue militante del PRD, un partido formado sobre las cenizas del PDL de los Garrigues Walter por iniciativa de Roca. El PRD concurrió a las elecciones generales de 1986 con un sonoro fracaso. Se recuerda con acritud la famosa frase de Roca, vencedor con CiU en aquellos comicios, pronunciada en el hotel barcelonés donde celebraba la victoria su partido: 'A nuestros amigos reformistas les ha ido mal'

(radicales, claro) y el riesgo del inconformismo juvenil son el peaje de este espectáculo de hedonismo subvencionado por la familia de tan inciertas rentas a corto y medio plazo.

¡Si por lo menos algún joven se hubiera enamorado de Morella!

## **De la desmemoria**

(*EL PAIS*, març, 1996)

Lo siento. Debo ser de esa especie de ingenuos que además pecan de sentimentales y románticos. Lo siento, pero especialmente por otros, porque a estas alturas no puedo ni quiero cambiar. Me volví así y ya no tengo enmienda.

En aquella riada València se quedó ciega, muda y de luto. Cuando, siendo muy pequeño, vi a mi madre el oído pegado durante una larga noche a la pequeña radio que años después vino a morir desde Borriana a València (ironías de la vida) intentando inútilmente saber algo de la suerte que estaban corriendo mis tíos, vecinos de una calle del Plà de la Saldia, inmediata a la margen izquierda del desbordado Túria comprendí tempranamente algo del sufrimiento por el otro que tanto educa la solidaridad. Al día siguiente, supimos que habían podido salir por una ventana de atrás no sin muchas dificultades por encima de unos palos de obra y ponerse a salvo de las aguas que inexorablemente ocuparon su casa.

Se hablaba de muertos, desaparecidos, de una ruina colosal. Los días que siguieron se vivieron intensamente en muchas casas de EL PAIS con familiares en el *Cap i Casal*. En la desgracia, nuestros padres sentían lo común con fuerza.

Algunos desaparecidos no aparecieron jamás. Incluso Franco, que se llegó a ensuciar las botas militares del barro valenciano (dicen las crónicas) se impresionó ante la tragedia y mandó (se dice) que no nos faltara de ná. Pero mi querido y respetado Martí Domínguez se quedó bastante solo cuando alzó la voz ante la lentitud y ciertas rarezas que a propósito de las ayudas gubernamentales previstas para remediar la catástrofe se estaban produciendo acabando fuera de su puesto de director de *Las Provincias*. Muchos años después, la obra más faraónica de cuantas se habían acometido durante el franquismo en tierras valencianas desvió el Túria por el Sur de la ciudad dejándolo expedito para que con el tiempo Ricard Pérez Casado quemara sus naves devolviendo a la vecindad el río y erigiendo a las inocentes víctimas de aquél aciago día de los cincuenta un monumento en la incipiente Avenida de Aragón<sup>8</sup>.

Cuando la otra noche, en el proscenio de la fiesta fallera, tronó la samba cubana en el escenario erigido por Cadena 100 sobre el memorial de los muertos por la riada, recordé que hace poco ocupó el espacio el Levante U.D. en su legítimo sueño del ascenso, y, antes, una exposición de réplicas de arte egipcio que trajo no sé quien; y poco después, en fin, no sé qué de la ciencia que financiaba una caja de ahorros.

Que no pueda evitarse el baño estival de algunos niños que ya parecen habituales inquilinos del pequeño estanque que yace a los pies de las dos grandes columnas de hormigón

---

<sup>8</sup> El monumento es obra de Soto.

que quizás representan dos escuetas alas, y que en todo caso vendría a ser como la alegoría más preciosa de unas aguas mansas donde el baño exorciza a la muerte, no tiene que ver con el uso vergonzante e indigno que se autoriza en un recinto abierto erigido con evidente intención para el recuerdo funerario, presidido por los inequívocos cipreses que ya nunca habrá en las tumbas de los valencianos que el Túria inmoló.

Si antes tuve la intención de escribir este desagravio y no lo hice, fue porque pensé que quizás se trataba de algún error de ubicación de los escenarios festivos, o que otros debieron haber clamado por el respeto merecido. Supuse que hubo protestas de los grupos municipales, y que algún lector de periódicos escribió a los directores. Pero si no las hubo, quede constancia ante la Excma. Sra., Alcaldesa de la Ciutat de València y la propia *ciutat* mi estupor y mi tristeza.

## **Perder el Micalet**

(EL PAIS, 3.12.97)

Desde la cocina, por el este, veo el mar y, por el oeste, a lo lejos, los campanarios y torres de la Valencia antigua se hacían hasta hace unos días valle lejano por encima de la grada este del tradicional campo de Mestalla<sup>9</sup>. A veces testigo de los grandes clamores que las gradas levantaban con los goles de triunfo, a veces agobiado vecino que sobrevive entre el aquelarre automovilístico de la ocupación (incruenta) dominguera, contemplar los penachos gloriosos de la identidad urbana me reconciliaba con un yo aún tradicional y ligado a lo que le puede ocurrir al vecino de Elx cuando no intuye los palmerales, al de Castelló si se le desvanece el Fadri, al alicantino en sospechar sin poderlo ver que el mar está en algún lugar detrás del cemento, o, al morellano cuando sus murallas desaparecen bajo la nieve: la desorientación en el ocultado espacio de tactos -como diría ese gran poeta borrianenc que es Josep Félix Escudero-, que es la propia biografía que se reconoce y descubre en la geografía de la piedra vivida.

---

<sup>9</sup> El autor vive en la calle Bélgica, y desde el piso trece la vista de la ciudad antigua era muy sugerente.

Hace unos días, y no habiendo dado resultado el consejo sabio de muchos de evitar ampliar hacia el cielo el campo de Mestalla levantando un nuevo estadio en algún lugar menos noble pero de mayores posibilidades<sup>10</sup>, los obreros que han trabajado día y noche para que las gradas nuevas estén listas antes del desastre irreversible de uno de los dos equipos emblemáticos de la ciudad de Valencia (el otro es el Levante UD), procedían a colocar la grada definitiva que me aislaba del valle feraz de nuestra historia.

Desde entonces, ni el Micalet, ni Santa Caterina, ni la cúpula de la Catedral, ni Sant Nicolau, ni el Palau de la Generalitat, ni el Salvador,... nada de lo que, desde lejos, me recordaba los datos más simbólicos de esta mi ciudad de adopción es visible desde mi casa.

Ayer, cuando la afición se sublevó contra ese presidente del que Miquel Alberola dijo que era diestro en el arte de pisar la m... sin resbalar, o algo así; ayer, cuando el clamor de pañuelos blancos se levantó hacia el palco gritando basta, desde mi balcón ya ciego me dije que era tarde, que nada podrá levantar tampoco el fatídico telón entre la ciudad y yo; recordé que en ese campo se dio en la transición una de las más bestias instrumentalizaciones del conflicto de identidad practicando un *blaverismo* salvaje que me apartó incluso del fútbol, y que siendo ya Arturo Tuzón presidente oí de su boca reconocer que aquello fue incivil y negativo y que el Valencia CF debía volver a ser lo que siempre quiso ser y no fue: el

---

<sup>10</sup> Cosa que se ha conseguido menos de una década después, pero sin la ventaja de que lo que vaya a sustituir al estadio le devuelva al autor el *skyline* de la ciudad visible desde su casa.

equipo nacional de los valencianos. Volvieron a la indumentaria primigenia y responsabilizaron a socios y afición en la financiación del club, pero los problemas deportivos y de identidad acucian a los inquilinos de ese anfiteatro gigantesco que se quedó con mi Micalet.

Ya que la grada se va a quedar ahí, para volver a algo de lo de antes, al escudo de metal, por ejemplo, que guardo desde pequeño como los judíos expulsos del s. XV guardan las llaves de sus casas valencianas, sería menester que el nombre del club estuviese escrito negro sobre blanco como nunca debió dejar de ser.

Además de desearle que salga del atolladero, al Valencia CF le pido, pues, que devuelva a su escudo lo que nunca debió quitarle, aunque a mi, después de todo, sólo me quedará el mar y, quien sabe si la tentación de volver.

## **Contra el desarraigo**

(Levante-EMV, set. 1997)

Recuerdo que le recriminaba a un poeta que esperase a vivir para encantarse en el bosque de metáforas, y lo contrario a un novelista amigo que escribía de oídas sobre desgracias que aún no había sufrido. Después me di cuenta que la literatura no admite ese tipo de reconvenciones, que los bardos noveles encienden de lujuria versos que la vida no da, que ciertos narradores ya en la senectud se arrojan a ditirambos pícaros sobre proezas sexuales que nunca pudieron cometer. Sin embargo, cuando el hecho te asalta o el pequeño prodigio tiene lugar ante tus propios ojos dudas si alguien de entre quienes escribieron como presuntos testigos presenciales vieron aquello que extasía en sus prosas.

Hace unos días, después de haberme apostado varios años tras el acontecimiento sin lograr puesto de notario en la diáspora periódica de las golondrinas que pasan el período de puesta de huevos y cría de sus proles en sus casas residenciales de Aín, bajo el Pico Espadà, parajes desde los que yo, ave migratoria borrianenca, contemplo desde la lejanía la vieja *medina* rodeada de ensanches y edificios que asoman a las barbas del viejo/nuevo *campanar* privilegio foral

de *vila lleial* y reedificación-testimonio a la vez de una posguerra sólo olvidable para irresponsables, las observé emocionado.

Las golondrinas se reunieron en las alturas y sobre las huertas del Barranc de Caritat al día siguiente de una tormenta que de todos modos prometía haber sido más atroz, volando calmadamente como para reconocerse entre ellas, pasar lista, y, a continuación, siguiendo el curso descendente del barranco desaparecieron rumbo a sus otros paraísos magrebíes donde los jóvenes se harán adultos y harán posible el milagro del reencuentro ritual.

Esta pasión mía por las golondrinas que nació de dos hechos que marcaron mis futuras percepciones sobre ellas me ayuda ahora a escribir con motivo de las Festes de la Misericòrdia de Borriana una misiva para aquellos otros que como yo dejaron su nido borrianenc para ir por esos mundos (¡y el pueblo de al lado ya es esos mundos!) pero que (ellos) a duras penas recuerdan el camino de vuelta hasta el punto de responder con una mueca vacía que todo les impide volver, que las distancias, que ya han echado raíces aquí o allá,...

Fueron los inefables padres carmelitas quienes me explicaron que las golondrinas estaban bendecidas por haberse tomado el trabajo de quitarle una a una las espinas clavadas en su cabeza de la corona con que Cristo fue ungido por sus matarifes romanos: a pesar de ello, en mi infancia participé con mi hermano Paquito en una masacre de golondrinas un infausto mes de septiembre mediante una técnica de caza (aprendida de otros) consistente en

escondernos entre los juncos del actual Arenal y blandir a derecha e izquierda una larguísima caña en cuyo extremo atábamos un alambre de varios metros. Agazapados como felinos esperábamos la indicación de otro rufián menos diestro -y por eso, sólo vigía-, avisándonos de que llegaban más golondrinas llaneando a poca distancia de los juncos. El certero blandir del artilugio asesino golpeaba con el alambre a las aves de paso hacia África; después, las recogíamos y rematábamos con certeros apretones de cuello. Cuando llegamos a Villa Rosa y pretendimos que nuestra madre las hirviese y pelase para cocinarlas el escándalo fue mayúsculo. Las tuvimos que enterrar cristianamente bajo la luz verde claro del limonero, donde reposan. Desde entonces y para limpiar mi culpa me ocupó en rescatar vencejos y golondrinas en Aín que caen del nido o que exhaustos por un día de agotadora persecución de hábiles insectos voladores se estrellan en la maraña de hilos que cubren nuestras azoteas. Si hubiera una ONG que se dedicara a las golondrinas seguro que yo ya sería socio.

Bien, pues de eso quería hablar, de esas otras golondrinas que Borriana ha ido enviando desde por lo menos la 'Crisis de 1917' (¡Barcos, Pan y Trabajo!), cuando un tercio de la población trabajadora borrianenca abandonó el pueblo rumbo a Barcelona, Francia, Méjico, Cuba, Argentina,... abriéndose un proceso que por unas u otras causas se ha venido reproduciendo hasta nuestros días: en la posguerra, con el exilio de republicanos, comunistas, socialistas, anarquistas y sindicalistas; bastante después, con la

emigración temporera a la vendimia francesa o a la búsqueda de un lugar fijo bajo el sol en la Alemania del *milagro* (es decir, del Plan Marshall), en Francia o en Suiza; en los años setenta y ochenta la inevitable fuga de cerebros, es decir, de técnicos y licenciados universitarios hacia los mercados de trabajo producto del crecimiento del parque universitario entre la juventud borrianenca, y, finalmente, el éxodo diario en casi todas las direcciones de un buen puñado de borrianencs para trabajar en fábricas y empresas de las urbes vecinas.

Borriana, desde 1917 y con breves espacios de tiempo que lo desmentían, se convirtió en tierra de emigrantes por más que ciertas literaturas locales banales pero interesadas hayan destacado una inaudita y patética *grandeur* que a otros nos produjo siempre sonrojo y vergüenza.

Luché cuanto pude mientras fui golondrina de vuelos rasos entre el carrer Major i la Plaça para que despertásemos de la modorra autocomplaciente de décadas; dejé algunos nidos hechos en lugares estratégicos, me mantuve fiel a lo que quisimos ser y no conseguimos, y con el tiempo y con la democracia crecieron nuevas aves con las lecciones aprendidas. Incluso llegaron al poder municipal. Ya no hay excusas.

Si no fuera mucho pedir, creo que como parte de esa rectificación histórica que nos adeudamos, Borriana debería celebrar como parte de estas fiestas que despiden el verano, un *Día de l'Absent* para hacer venir/volver a esos centenares, quizás miles de borrianencs que viven y trabajan lejos por

gusto o por necesidad y mostrarles qué hacemos sin ellos pero también para ellos. No una vulgar operación nostalgia, ni la impertinente sesión de lágrima viva sino como reconocimiento del otro, del que se fue, para que el desarraigo remita y las fiestas tengan también ese lado civil que de lo contrario se desvanece en el tumulto.

Preferiría que para todos nosotros Borriana fuera Jerusalén que no esa idiotez ñoña y falsa del París y Londres o expresión autista y fidedigna de la meliflua y suicida *bendita fanfarronería*<sup>11</sup>, que a la postre nos mantiene distantes y, a otros, además, cautivos del desarraigo.

---

<sup>11</sup> Se dice que fue el Cardenal Vicent Enrique i Tarancón quien al salir al paso de la acusación que los borrianencs sufrimos de ser fanfarrones, la calificó de bendita fanfarronería, quizás dándole un sentido diferente al que ha acabado por imponerse.

## **Vilareal**

(EL PAIS, 27.5.98)

Desavenencias entre los notables nuevos pobladores de Borriana y una prominente familia judía, la de Salomó Vidal, indujeron al Rei Jaume I a fundar una nueva ciudad en la parte noroccidental del entonces extensísimo territorio de la Borriana recién conquistada, que se extendía más arriba del llamado Barranc de Ràtils. Desde entonces, y generación tras generación, la memoria histórica de los borrianencs se ha alimentado de un fondo de rencor no siempre venial hacia sus vecinos de la Vilareal. Tildados de beatos, o de beodos (perdón), o de insustanciales, o de simples, los infaustos años del esplendor de la naranja acrecentaron aun mas si cabe la sensación de falsa superioridad sobre ellos. Canciones populares, chistes, fábulas y despropósitos nutrieron un estereotipo banal de los vilarealencs entre nosotros mientras su genio austero y devoto y su diligencia en los negocios les iban acercando al despegue industrial que les convertiría finalmente en sede de un equipo de la división de honor del fútbol español.

Aun recuerdo los turbulentos encuentros entre el Vilareal C.F. y el Borriana C.F. en el Campo de El Madrigal o

en el San Fernando, siempre jugados a cara de perro y en medio de circunstancias de relativo alto riesgo; o cuando fuimos a apoyar a la Real Sociedad en un partido de Copa que ganó aquella por cero a uno, sólo porque el blanquiazul era el color también de nuestro equipo. Pero también y en desagravio, cuando estrené a finales de los sesenta con otros nadadores la piscina olímpica de El Termet, donde Salvador Montoliu reinaba como el nadador más poderoso de nuestras comarcas y a donde me desplazaba desde Borriana en bicicleta. O, cuando de la mano de Joan Soler, ya en la transición, me convertí en asiduo opinante y contertuliano de Radio Popular, entonces un verdadero oasis de libertad. O, en fin, cuando acompañé a principios de los ochenta al entonces candidato a Alcalde Enrique Ayet a Les Alqueries colaborando para que le tomase el pulso a los deseos de segregación de buen número de ciudadanos de ese núcleo urbano y rural de donde, por cierto, procedía la familia de mi abuelo paterno... Diría, pues, que desde muy pronto había superado el viejo prejuicio contra ellos.

Tantos años después, de madrugada, en la confluencia de los viejos caminos que llevan de Borriana a Vilareal i Almassora, centenares de vehículos arrojan la evidencia de que una buena parte de borrianencs se gana la vida en las prósperas industrias de nuestros vecinos. En treinta años, pues, de aquellos atávicos prejuicios habríamos pasado a formar parte y de manera natural de una conurbación donde Vilareal constituye el centro neurálgico.

El hecho del ascenso del equipo local a la división de honor del fútbol no hace sino corroborar que el despegue de nuestros vecinos, además de contable en términos de PIB, diversificación industrial y emporio de empleo, y por tanto, en acierto de objetivos económicos acaba de recibir un merecido premio que es como el doctorado en ciudad.

Por eso, y por todo lo demás, y desde mi condición de borrianenc que sufrió el embate de los prejuicios pero que lo superó críticamente al emplear más intensidad en enderezar mi pueblo que en envidiar al vecino, creo que ha llegado el momento de pedir a mis conciudadanos un expreso acto de contrición, un magno reconocimiento al *fillol* que le implantó en el siglo XIII *dellà de lo Riu Sech* un Rey que no tiene dedicado en Borriana más que un *carreró*, ha ido tan lejos como nosotros no pudimos soñar hasta hoy.

Besos y abrazos<sup>12</sup>.

---

<sup>12</sup> El alcalde popular de Vilareal, Manolo Vilanova, cada vez que se encuentra con el autor le recuerda que guarda con cariño el recorte de periódico donde se publicó este acto de contrición. Hoy, años después, el Vilareal CF está jugando la Champions Ligue con los mejores de Europa.

## **Ciclistas**

(EL PAIS, 3.6.98)

Hace unos días vi en la prensa la foto del simulacro que el colectivo Valencia en Bici organizó frente al Ayuntamiento de València escenificando un accidente mortal donde las víctimas eran dos ciclistas. Desgraciadamente, yo he asistido como ciclista a más de un hecho real de ese tipo y, entre mis compañeros ciclistas, al menos dos de los próximos fueron víctimas de un atropello criminal que acabó con sus vidas y sumió en la tragedia a sus familias.

Muchas veces he estado tentado de abandonar la bicicleta y recluirme en mi propia cobardía ante el imperceptible vacío que intuyo entre mi cuerpo y el morro de potentes vehículos a motor para cuyos conductores los ciclistas solo somos un maldito estorbo. A veces, por ello, me parece inútil insistir en la asimetría flagrante entre el derecho a practicar este deporte y el poder omnímodo que se ha diseñado para el rey automóvil, o esperar de la Subcomisión que se creó en el Congreso de los Diputados fórmulas viables que permitan a los ciclistas circular por las carreteras sin jugarse permanentemente la vida (Xavier Paniagua, uno de los Diputados que impulsaron y trabajaron en la Comisión

me dice que estamos aun bastante lejos de lograr normas verdaderamente protectoras o vinculantes, en razón a que el tráfico y la seguridad vial son asuntos que merecen decisiones consonantes en todo el ámbito comunitario europeo).

Pero a pesar de todo continúo en la carretera. Hay demasiada tradición y pasión familiar para dejarlo fácilmente<sup>13</sup>. Aunque se explique que se trata de educar mejor a unos y a otros, el número de víctimas por atropello crece en proporción al aumento del parque de vehículos, de los nuevos tramos de buenas carreteras, del número de practicantes del cicloturismo y de la sensación de razón absoluta que asiste a un número creciente de conductores en cuanto avistan al ciclista.

Recomendar a los ciclistas que se refugien en la bicicleta de montaña y desaparezcamos de las carreteras (en autopistas y autovías ya lo tenemos prohibido), para que los vehículos a motor se conviertan en los amos absolutos sería solo la consecuencia lógica del imparable imperio del coche. Las multimillonarias inversiones en carreteras, al servicio más del negocio automovilístico que de la libertad de desplazamiento del común de los ciudadanos, convierten a los ciclistas en el chivo expiatorio del escaso autocontrol que una parte de los conductores practica cuando se encuentra esa *molestia* por delante. Porque, seamos sinceros, todos

---

<sup>13</sup> No obstante, el autor dejó la bicicleta aquel mismo año, debido a una lesión del túnel carpiano de la mano izquierda. Después de la operación, y a pesar del éxito de la misma, su vuelta a la bicicleta se ha producido no a la tradicional de carretera sino a la bicicleta de ciudad, con la que acude al Campus dels Tarongers casi cada día.

sabemos que cuando aparecen varios o muchos ciclistas en fila india o en grupo ese magma de conductores absolutos y cabreados sólo sonríen si los ciclistas se llaman Indurain o los ven en TV mullidos desde el sillón del Salón cometiendo la gesta de subir al Estelvio, al Alpe d'Huez o al Tourmalet en medio de un calor sofocante.

Mientras una norma no autorice a los ciclistas a circular en grupo para hacerse visibles desde lejos a ese tipo de conductores impresentables, o se amplíen las carreteras por los lados con arcenes expresamente diseñados para la circulación ciclista o, simplemente, se declaren ciertas carreteras, como propuse ya en su día, de uso preferente para el tráfico ciclista, cada muerte de ciclista señalará a la desidia de los responsables políticos y al desprecio que sienten ante nuestra atrevida e imprudente fragilidad<sup>14</sup>.

---

<sup>14</sup> Unos años después, la ley ha recogido algunas de las reivindicaciones tradicionales del cicloturismo y hoy los ciclistas pueden circular en grupo por las carreteras como medida para hacerse visibles y ser respetados por los conductores de automóviles.

## **Agosto**

(*EL PAIS*, agosto, 1998)

El año pasado por estas fechas la página de Opinión estuvo de vacaciones o bien porque alguien consideró, guiado por la conmiseración, que a los lectores de verano había de librárseles de las obsesiones y cotos de los columnistas o porque, durante estas semanas que dura la postración casi general, lo que se opine o se deje de opinar está mediatizado por la mezcla de pereza y débito a los tópicos del calor imperante. Pero este año Josep Torrent dio la orden de continuar, mientras él se daba a la fuga. Y aquí estamos escribiendo para propios y extraños.

De pronto, no obstante, sobrevino una de tormentas que pusieron los termómetros a los pies del mes de marzo, y fue el tema que salvó los primeros días de tiempo tan cerril. Cuando las temperaturas volvieron a la tortura acostumbrada y la autoridad a alertarnos de nuevo con consejos sobre como evitar el calentón, huir de la deshidratación o salvarnos de las llagas del napalm solar, se aliviaron los teletipos y la calma devolvió la habitual *alegría* a los noticiarios de agosto. Consejos para circular sin riesgos por carreteras cada vez más sensuales para manos y pies de los depredadores

motorizados adobados con típicas incursiones de las cámaras a lugares de carne tierna, torsos de bronce y fiesta hasta el *amanesé* acabaron retirándose ante los oportunos desastres que el consorcio mundial de pesca de imágenes empezó a servir a propósito del descrédito de la lluvia de aquí, que se marchó lejos, intempestiva y salvaje, como una metáfora para quienes miramos al cielo por la mañana y su limpidez nos hace exclamar en improperios.

Esperé durante largos minutos una información seria en un noticiario de alguna cadena, y se me fugó el masajista con su bicicleta de montaña, se fueron cansados unos a los que había citado, y soporté antes del breve reportaje noticias de tanto interés como la proliferación de las motos acuáticas en una playa cuyo nombre ya no recuerdo, la plaga de cucarachas de un barrio playero de un pueblo de montaña, algo sobre no sé qué de una carretera que no pasa por allí, furtivas imágenes del Presidente del Gobierno yendo a la playa tras su mueca simpática<sup>15</sup>, otras más prolijas sobre lo caro que le puede costar un *desahogo* a Clinton<sup>16</sup>, unos buitres que se mueren porque les falla el radar en unos postes miserables de la luz, un tatuaje de quita y pon en lugares de dudoso postín tímidamente sugeridos por imágenes cobardes, un alcalde enfundado en el traje de casarse, más sudado que una cigarra a la hora de la verdad del sol, proclamando en castellano *sioux* su devoción a un santo muy minoritario, y unos sofocantes comentarios de

---

<sup>15</sup> Se trataba, claro está, de Aznar, y de su peculiar y celebrada mueca simpática.

<sup>16</sup> A Clinton, el *desahogo* sexual con la señorita Lewinsky, como se vería, ni siquiera le costó el divorcio, pero sí un fortunón para sus abogados.

saña antifrigorífica a propósito de las virtudes ancestrales del botijo... (Hago una pausa, levanto con la mano izquierda y del asa el mío, y, con la derecha, corrijo a mi gusto el rumbo y caudal del chorro de agua que se precipita hacia mi morro, apretujado al modo del torero que cita a la media distancia, y que recibe de dientes como es canon, mientras Milladoiro interpreta la *Danza e contradanza de Darbo* y fuera de este porche montañés donde escribo el termómetro maldice su suerte y el sol se cae invicto sobre la rubia y verde crin de los pinos).

Es ya la hora de comer. Me sumergiré en un lugar fresco y sombreado para que el siguiente telediario me traiga la nueva pedestre de que esta felicidad de la canícula ni siquiera está bien vista. Me hincharán de cadáveres el momento áureo de la sandía, y seguro que me avergüenzo de mi dicha.

## **No es claudicar**

(EL PAIS, 17.2.99)

Lo peor del fracaso revolucionario es que o consagra a los actores en el desafuero de reproducir lo mismo que se pretendía derrumbar o les lleva a un divorcio tan violento de los *termidorianos* que amanecen en el campo de los viejos enemigos derrocados cargados de razón.

A quienes confiamos en la bondad de lo que iban a ser las televisiones de titularidad pública, a los que creímos, además, que la breve ley de televisiones privadas daría lugar a productos equiparables a los primeros; a los ingenuos que apostamos por ese terreno incierto de lo público/privado gestionado desde un horizonte ético, lo resultante nos abocó a la disyuntiva apuntada del revolucionario lúcido.

Estuvimos una buena temporada clamando cada vez que desde esos poderosos portaaviones de la comunicación se resbalaba hacia la banalidad, la manipulación, la mendacidad, el desprecio a la inteligencia, la bandería pura y lisa, la porquería, la violencia, lo chabacano, la cutrez y la desvergüenza,...y no sospechábamos que no se trataba de errores. La maraña de causas, razones e intereses esgrimidos por sus administradores, trufada de la apelación sacrosanta

a la ley de la audiencia dejaron al descubierto que luchar por la moralización de los medios y por su función cívica era una batalla perdida. Derrotados por la revolución en que creímos, y divorciados de sus horrores, la alternativa era, o apagar el televisor, o entregarnos al mercado relativamente más libre para disfrutar cínicamente de la derrota, navegando previo pago por una oferta donde ahorrarnos el bochorno.

Porque cuando sólo es cuestión de trámite que a los pocos minutos de empezado el noticiario se presente puntual el charco de sangre con cabeza aplastada incorporada, el buitre sobre la tapia a la espera del festín de carne humana, el cuerpo hinchado flotando en el mar del anónimo inmigrante que no consiguió la orilla de Europa, el rostro agónico del bonzo político que sí llegó a la pira; cuando a la plácida hora en que el sillón de la primera fila de tu cine doméstico te acoge amoroso, el editor te obsequia con un sobresalto technicolor a base de vísceras relucientes colgadas de un árbol después de la riada que se llevó la vida y la ilusión; entonces, digo, comprendes que aunque la televisión de pago sea tu derrota, ya no sientes vergüenza de convertirte en adicto de *Fashion*, ese canal donde gente joven, guapa, elegante, vestida con arte, de andares afectados, a veces de espléndidas carnes turgentes, de rostros penetrantes y torsos gloriosos, o piernas de diseño, o pechos atléticos, pasea el cuerpo serrano en un aquelarre de consumo suntuario que en otras circunstancias te avergonzaría admitir que has contemplado con delectación, y que ahora es tu respuesta al

morbo, a la violencia que se exhibe, a la sangre como reclamo.

Liberados del compromiso con lo que ya no es, y casi seguros de que a estas alturas, como siempre, hay un camino individual -cínico, claro, y poco solidario-, para desaparecer del punto de mira del *big brother*, del vampiro mediático que nos espera cerca del sillón para arrojarnos a traición la ración de sangre diaria en el plato de la ensalada, contratar canales de televisión donde escoger humor blanco, gente guapa o viajes de cine por un módico precio al mes se habría vuelto más un acto de liberación que de claudicación.

## **Golondrinas<sup>17</sup>**

(*EL PAIS*, 16.2.00)

Bajando del Coll d'Artana a primeras horas de la mañana de este brumoso martes de febrero el fondo marino a lo lejos deja una ventana de oro puro por donde este sol perezoso se arrastra lentamente hacia un cenit discreto. Otros días, creo que en septiembre, o cuando el poniente manda de tierra y mar, la ventana es de plata. Y en días muy señalados, el reflejo del fuego que sube es de bronce.

En los naranjales entre Betxí y La Vila Vella aun no han llegado las golondrinas. Este año, en una casa nueva que construyo, los aleros son cómodos y acogedores para que las golondrinas que vendrán a vivir su primer amor encuentren casa en lugar resguardado de la tramontana o del lamentable poniente.

---

<sup>17</sup> Los artículos Golondrinas, Almendros, Arenas, Cerezos y Palmeras fueron el resultado del cabreo que el autor cogió con la actitud de los nacionalistas del Bloc, que habían decidido ir al suicidio electoral en las elecciones generales de marzo de 2000. Para evitar repetir el artículo que publicó el 9.2.00 con el título de El error, y en el que se desesperaba ante la torpeza electoral de los nacionalistas y no convertir sus columnas en material adverso a estos durante la campaña electoral, publicó desde el 16.2.00 hasta después de las elecciones una serie de artículos donde se entregaba a la literatura. Por cierto, el delegado de El Pais en la CV, el periodista Pep Torrent, perplejo ante la actitud del autor, resistió la extravagancia no sin gran contención de ánimo. Por el contrario, un numeroso grupo de lectores todavía le reclaman al autor que escriba de esas cosas y que se deje de política.

El mágico contingente llegará de un momento a otro a plazas quietas de abruptas cornisas, a torres de piedra y cal y a escondidos recovecos entre las persianas antiguas de las casonas con linaje, o, simplemente, a los lugares de siempre.

Si tuviese el tiempo necesario creo que me dedicaría unos cuantos años a averiguar si es verdad o no que cuando golondrinas y vencejos cazan insectos en bandada, además están enseñando a volar a los jóvenes nacidos ya aquí; y si entre ellos van de guías los tíos y tías solteros de los nuevos pájaros; y, también, a anillar a los nuevos suavemente, para saber el año que viene si son ellos mismos como afirmamos, si vienen juntos, si se han enamorado en otro lugar y van con parejas nuevas, si se divorcian amistosamente o no,.... Me apasionaría con las golondrinas como de pequeño lo estuve con los palomos que criaba mi padre, y que regalaba generosamente a jóvenes *colombaires* para que empezasen a formar sus propios equipos.

Al cabo de los años, y ocasionalmente, fui a ver volar a un palomo muy famoso, pero los tiempos habían cambiado, y la *carcassa*, el enjambre de poderosos palomos en celo, acabaron por matar a la *coloma* cuando esta se echó exhausta a tierra. Les recriminé el espectáculo recordándoles que en otros tiempos eso no ocurrió jamás, y que quizás ahora, si la paloma fuese muy potente, muy atleta, sería bastante más difícil que la acorralasen el numeroso grupo de palomos que en tierra son tan valientes, pero que en el aire

van retirándose exhaustos y temerosos de las acometidas en pleno vuelo de los machos más bragados.

Por eso cambié aquella afición de la infancia y de la adolescencia, hacia las golondrinas y dejé de tener pájaros enjaulados<sup>18</sup>, porque lo hermoso es saber de ellos, aprender incluso de ellos y vivir su libre realidad como un experto que se extasía.

Dentro de nada, la silueta breve de las golondrinas se desplegará acrobática por calles y plazas, unas irán a lo urbano y otras a lo rural. Unas volverán a sus casas de lujo a prueba de serpientes, ratas y otros depredadores, y otras a desvanes destartalados. ¿Habrá clases sociales entre ellas? ¿Es mejor el radar de orientación de los vencejos que el de las golondrinas comunes?

Cada año vigilo en las estrechas calles de Aín que a los vencejos que les falla el chip y caen exhaustos, aturcidos y perplejos no se los coman los gatos. Los cuido, les procuro alimento mediante la rudimentaria técnica de ir recogiendo insectos (atrayéndolos con una luz a la caída de la tarde), les dejo descansar hasta el día siguiente y, luego, los arrojo a mano hacia la vida como si mi impulso fuese su pista de despegue.

---

<sup>18</sup> Sin embargo, poco después de escribir esto el patio de la casa de Aín se llenó de jaulas y de pájaros enjaulados. El autor no tiene una explicación satisfactoria de este cambio, pero sus pájaros viven cómodos, en espacios amplios, soleados, resguardados del frío, bien alimentados y sin sufrir acoso de otros pájaros. En fin,...

Alguna vez, en los hilos de tender de la azotea veo inquilinos ocasionales. Nunca sabré si son aquellos a los que salvé la vida.

## **Almendros**

(EL PAIS, 23.2.00)

Un viento de poniente que no resultaba molesto se deslizaba desde el interior montaños del país hacia el mar. En uno de los amaneceres el reflejo del sol sobre el mar quieto era de plata viva. Pasamos del oro viejo que asomaba entre brumas, a éste plata hiriente de menos cotización pero magnánima belleza.

Fue el viento, anunciado como de moderado a fuerte pero luego inusualmente suave para ser poniente, el que arrancó los pétalos de las flores de los almendros, blandas por el castigo de unas temperaturas demasiado benignas para su gusto.

El espectáculo de los almendros en flor ha pasado casi desapercibido en la prensa, como si su ritual eclosión ya no fuese noticia entre tanto acontecimiento político a cuenta de las elecciones de marzo.

No recuerdo que los almendros en flor de los pueblos de la Serra d'Espadà tuvieran otros años esta textura lejana de blanco pálido tan intensa, y un rosa suave sonoro rodeando a un incierto rojo granate cuando te acercas al árbol. De verdad que no tuve las mismas sensaciones en temporadas

pasadas. Puede que los fríos de los primeros días de enero, o la calidad de los vientos, o puede que las oportunas lluvias que cayeron en diciembre tengan que ver con la perfumadísima irrupción de la flor del almendro; no sabría decirlo. Pero estaba ahí, poderosa, invasora y sensual.

Fue entonces cuando el viento de poniente, decía, empezó a reclutar pétalos aquí y allá y a llevarlos danzando hacia todos los lugares. Bajaban arremolinados por estrechas calles, venían de los barrancos, acompasados, como en olas, hasta convertirse en pequeños e inusitados copos de nieve brotando de la tierra, subiendo hacia los tejados, corriendo por las calles secas en pos de sus propias y breves sombras como nieve que no fue, bajo un sol de justicia.

De haber previsto que iba a ocurrir semejante espectáculo habría escrito antes esta columna, convocando y citando a los prisioneros de nuestras grandes ciudades a la representación de estas paradojas, porque la ritualización de las costumbres ligadas a la semana inglesa, al ocio programado para los días postreros de la semana nos priva del placer presencial de estos imprevistos que, por otra parte, se tienen como normales y rutinarios allí donde se producen.

Pasó casi inadvertida la imponente floración de los almendros y, por el contrario, fue noticia una playa a rebosar en un domingo que el clima no cumplió con su obligación para los días que corren. Aquello debió ser tenido como el tópico que se repite cada año por estas fechas, y lo otro, como algo sorprendente; y, desde luego, ni una cosa ni otra.

Ahora que el tiempo ha vuelto a los fueros de febrero, que está siempre loco, como le quieren los meteorólogos, los almendros se esconden entre brumas húmedas, los pétalos caídos de sus flores se marchitan antes de alzar de nuevo el vuelo, y los perfumes se hacen más estáticos y penetrantes. Cuando vuelvan los vientos de poniente bajo un sol brillante, y en los lomos del mar el sol que crece rompa la plata refulgente, las flores del almendro se habrán cerrado sobre sí mismas y empezará el delicado trabajo de alumbrar las hojas. No será vistoso, ni fácil de captar en el día a día. Cuando las hojas protejan a los incipientes frutos y los almendros ofrezcan su verdor primaveral, serán las flores del naranjo las que convoquen a los vientos para regalarles su esencia.

## **Arenas**

(EL PAIS, 1.3.00)

En la orilla del mar de casa, mi vecino Mediterráneo, aquel encendido día del mes de agosto, a punto de concluir la década de los sesenta descubrí en las rodillas de la adolescente del camping la dimensión definitiva de la estética. La arena, blanca sin exageraciones, ardía alrededor de mi toalla mientras el entorno de sus rótulas se iluminaba con destellos sonoros al compás de un caminar elegante sin atolondramientos, y etéreo. Las mortecinas olas la asaltaban de dentro afuera y sus piernas hacían de suaves tajamares que cortaban el agua, y la espuma. Los hoyos marinos delante de sus rodillas, el brillo de su piel a punto de caramelo, los indolentes cabellos atados en desorden en su nuca, unos tirabuzones rubios de muñeca de niña rica de antes, su cuerpo pétreo, he aquí la partida de nacimiento de mi metamorfosis de joven educado entre frailes abrumado por el pecado a idólatra de esa dimensión mágica que vive bajo los pliegues de la poesía y da sentido a nuestras inevitables pulsiones de mamíferos evolucionados.

La arena, entonces, estaba viva, soportando la quema del día a día, guardando a poca profundidad la calidez de su humedad, su refresco secreto, quizás alguna joya o anillo de

oro que huyeron de la batalla con el sol deliberadamente fiero del mediodía. Porque la arena revive cuando llega su hora, se mueve hacia la plenitud con la canícula, y muestra su faz de dunas minúsculas cuando el mar se vuelve caliente, salado hasta la exasperación.

Nunca antes de ese tiempo puede vivirse la arena en su éxtasis, porque se rebela, se endurece, aparece como más espesa y rara. Ni siquiera cuando se eleva a ráfagas en invierno puede decirse que el tamaño de los granos sea el mismo que en verano. Una mágica ley oculta a los granos más pesados en la panza del arenal durante el estío, y los devuelve a la superficie en invierno. Y eso lo sé porque me crié delante de la gran duna móvil que el puerto de Borriana creó al construirse la escollera de levante, y que se fue haciendo extensa y potente mientras yo pasaba de mocosamente felizmente crédulo a adolescente extasiado con la quilla gloriosa de aquellas rodillas sin pero y me precipitaba hacia esa edad prolecta donde el recuerdo sin matizar puede confundirse con el morbo de ciertas ancianidades.

Cuando estos días de inusual febrero cálido los arenales de mi mar vecina, amiga y cómplice, se llenaron de irreverentes consumidores de sol invernal, convencidos como están de que si se puede comer sandía durante todo el año, o cerezas, o kakis -porque lo han conseguido para ellos las multinacionales de la alimentación-, con las arenas ha de suceder lo mismo, pensé que sería bueno preguntarles si no notaron la extrañeza que la arena manifestaba ante la avalancha de cuerpos crudos y, además, temerosos del mar;

porque sólo algunos atrevidos cometieron el doble sacrilegio de recostarse en la arena en reposo y bañarse en el mar gélido.

Nos rebelamos contra costumbres sobrevenidas y les oponemos un orden mítico a salvaguardar porque hemos perdido la batalla contra el tiempo. Entonces recuerdo que le prometí a ese excelente poeta amo del mar que es José Félix Escudero que tenía el propósito de empezar a contar mi imposible retorno al mar precisamente de la mano de aquel milagro de sabores marinos que ocurrió bajo las delicadas y efímeras olas que de las rodillas de la adolescente nunca llegaron a la arena de la orilla.

## **Cerezos**

(EL PAIS, 8.3.00)

El Antiguo Testamento estaba sembrado de enigmas, de metáforas, de historias fantásticas presididas por un Dios polivalente, unas veces magnánimo, otras vengador, y siempre omnipotente. De pequeño entendí lo justo, es decir, el mito que alimentaba, la consecuencia inevitable, el destino pedagógico de todas las historias que contenía. Y de ellas, había una que me turbó especialmente, una vez convencido de que, efectivamente, Dios creó el mundo en seis días, y el séptimo, descansó: el inquietante árbol del bien y del mal, cuyos frutos daban al hombre la capacidad de discernir entre lo bueno y lo malo.

Cuando preguntábamos a nuestros inefables educadores, los frailes carmelitas descalzos -buenísima gente por otra parte-, nunca desvelaron qué clase de fruta producía el árbol de marras. Un fraile ya anciano que cuidaba en el estudio y que estaba perdido con la narcolepsia, para terminar pronto y dejar el banal asunto zanjado, dijo que a él le parecía que puede que fuera un cerezo, de cerezas del tamaño de los ciruelos, o más. Pero no lo decía con la convicción pertinente.

La casualidad hizo que el árbol más vistoso que guardaba la comunidad detrás de la tapia tónica de convento que separaba el improvisado patio de juego del resto del huerto antiguo fuese un cerezo, cuyas cerezas tenían un tamaño sugerente envuelto de un rojo carmesí brillante que llamaba permanentemente a la tentación.

Atrevidos y bíblicos, unos pocos decidimos volver como otros años al lugar del pecado, ahora con la convicción de que comer de la fruta prohibida, de su carne vegetal roja, ácida, que explotaba en el paladar como una carcasa, nos volvería como dioses, mocosos tímidos y temerosos de Dios como éramos.

Comimos de la fruta prohibida hasta que el vigía que teníamos apostado arriba de la tapia avisó de los movimientos a lo lejos de un hermano lego que, acabó sorprendiéndonos oculto en unos gallineros próximos. El guardián no probó las cerezas; otro, del atracón se indispuso y sólo su dolor de vientre repentino y atroz le libró del interrogatorio y subsiguientes bofetones. El cobarde que siempre te acompaña dijo que él, a pesar de estar a pie de árbol, no había comido ni una. Le hicieron abrir la boca, y en las encías, y entre los dientes, la piel de las cerezas enlutaba el nácar de sus infantiles dientes. Los demás confesamos sin mediar violencia. A mi se me ocurrió argumentar en nuestra defensa que el padre Wenceslao dijo que el árbol del Génesis era el cerezo, y que por eso,... Me llevé un sopapo de media arroba, por listo, cínico e irreverente... A pesar de eso, me

enloquecen las cerezas, y no he conseguido reprimirme la incontinencia verbal.

Ahora los cerezos han reventado de flores blancas que preceden en días a las hojas. Sus ramas se han cubierto de mariposas blancas quietas, pero las flores no huelen, no huelen a nada, a diferencia de las del almendro, que expiden un perfume dulzón, a veces empalagoso. Parece como si unas y otras cumplieren una mágica ley según la cual la flor que dispendia en perfume alumbra un fruto de escasas matizaciones en su sabor, y la flor que ahorra efluvios los vierte después en el fruto que le nace. Quizás esa ley tenga clamorosas excepciones, como en la naranja; pero como esa fruta está en el carné de identidad de gente como yo, ni siquiera me permitiré el lujo de mantener seriamente que su flor sea excepción de nada.

El azahar sacó a mis abuelos del anonimato y a mí del anodino analfabetismo; así que ni tocarla.

## **Palmeras**

(*EL PAIS*, 2000)

Quizás cometimos un pecado inútil al arrancar las dos palmeras que flanqueaban la escalera que llevaba y lleva a la terraza de Villa Rosa, porque años después volvimos a plantar palmeras que, lógicamente, ya no veremos llegar al dominio de los vientos.

Pero en la casa de los vecinos, las dos palmeras gemelas de las nuestras se han hecho enormes y lucen un esplendoroso plumero que se agita loco cuando los vientos vienen de poniente o el levante se desparrama desde el cercano mar para incomodo de nuestros veranos de tarde caliente, como de horno.

Allí hicieron nido heroicos palomos que escapaban del tiro de pichón cercano y desde allí acudían a nuestro palomar esos parias criados en algún lugar a buscar palomas de clase media y alimento de *gourmet*. Más de una vez, alguno de nuestros palomos no resistió la llamada de hembras afincadas en las palmeras y se marchó de fin de semana para no volver jamás. Después, ocurrieron cosas: un cazador improvisado, que al parecer era *colombaire*, quiso acabar con los palomos porque se le llevaban sus hembras y le

molestaban para el adiestramiento de los suyos. Le impedimos que los matara y casi le llevamos al juzgado. Alguien tendió un cable de la luz cerca de una de las palmeras y, al parecer, las ratas del arenal encontraron un medio ventajoso para ir a comer huevos al plato gratis. Desaparecieron los palomos. Incluso los gorriones. Se volvieron tristes allá arriba en su soledad, las palmeras.

Hace poco me encontré unas diligentes tórtolas afanadas en reservarse un sitio recóndito donde anidar. Su canto monótono, y su silueta fina han sustituido a los viejos palomos de aquellos apartamentos sin dátiles. Los vecinos dicen que no hace mucho había pájaros exóticos, papagayos o algo así, y que prefieren a las tórtolas y su enigmático trinar, y que en las palmeras del otro lado de la calle, las que yo salvé de la brigada municipal el año 1980<sup>19</sup>, vieron una cigüeña solitaria oteando el horizonte quizás a la espera del compañero que nunca llegó.

Las palmeras, de noche, son como sombras de gigantes que se recortan en el espejo de la luna. De día, hacen de tótem de un mediterráneo que desde el este las muestra brillantes y húmedas al amanecer y rojizas e inquietantes al atardecer.

---

<sup>19</sup> Es una historia para contar: el primer Ayuntamiento democrático de Borriana decidió que había que arrancar las palmeras que había delante de Vil.la Rosa porque, al parecer, se iba a ensanchar la avenida. Con la ayuda de mi hermano Paquito y de un amigo, me até a una de las palmeras a la espera de la brigada municipal. El alcalde, que era doblemente vecino nuestro, en la playa y en Borriana, a la vista del cartel que coloqué (*Volem ser les primeres palmeres del Parc de l'Arenal*), decidió que la cosa podía esperar. Han pasado veinticinco años de aquello, y las palmeras todavía están allí. De modo que, sí, la cosa podía esperar.

No creía que los palmerales podían ser lugares de belleza tan singular, salas columnarias donde los arcos de las bóvedas se cruzan en un orden caótico que protege los racimos de dátiles del sol. Si antes, no sé porqué, estaba enamorado de Elx, después de pasearme por sus palmerales rodeados de fincas al acecho he guardado el amor con nombre incluido y soy su esclavo.

La palmera está sobre-explotada por los fascículos que anuncian vacaciones de ensueño en playas blancas y caras, mientras se le alinea y sujeta militarmente en muchas avenidas de nuestras ciudades. Casi ninguna autoridad es capaz de proyectar nuevos bosques de palmeras; o porque tardan tanto en crecer que no son políticamente rentables o porque tienen prevenciones ancestrales contra este árbol identitario de nuestras costas, de Valencia a Tel-Aviv, de Trípoli a Roma.

Las palmas blancas o verdes, adultas o en pañales adornaban los balcones de nuestra niñez como símbolo que expresaba la permanente disposición a recibir en casa al hijo de Dios, recordando el día en que le esperábamos, aún judíos, en Jerusalén.

Ahora, además, nos recuerdan nuestra mitad africana, que no es poca cosa para los tiempos que corren.

## **Valores**

(*EL PAIS*, 14.6.00)

El reclamo publicitario musical excluyente y presuntuoso según el cual 'el único fruto del amor es la banana' no ha motivado la queja de nuestro Comité de Cítricos. La desvalorización que la vitamina C sufre a manos de la banana como gasolina salutífera y sexual no ha sido suficiente.

El exceso que provoca el *efecto hache* (en realidad se trata de otra palabra, pero no es menester hacer publicidad gratis), convierte al espectador de la primera fila de un combate pantomima de *catch* en absorto comedor de palomitas y místico ausente del recital de mamporros que se desata en la lona.

Mientras suena la pegadiza musiquilla de la banana el camión cargado de ídem se topa en la curva de bruces con el charco fatídico. Un derrape de alivio, y la carga por los suelos. Cuando todo el único fruto del amor cae al asfalto, el sudoroso conductor ve que se le echa encima un automóvil y teme que éste resbale en la alfombra de la platanería y se estrelle contra su desventurada camioneta. Pero no, para alivio del accidentado gordo, pasa de largo, salva el peligro. Se

aleja, después. Burló al escollo. Evitó el bulto. Y ciudadano ejemplar, a bordo de un turismo cuya marca, al parecer, invita a sortear con seguridad sembrados de bananas bajo las tetas de chatarra del perplejo camión, se desentiende del accidente sin reparar si hay heridos, o muertos, o si alguien necesita ayuda.

Cuando el *efecto hache* se presenta, la socia de la izquierda, que está atontada por la fragancia, ya está entregada al dulce menester de cebar al chico con palomitas. En esto, ignorante de lo que ocurre, desde la lona, un reluciente cuerpo de luchador se le viene encima, la aplasta y la deja KO, o muerta, o sepultada. El machito, perplejo, angelical, se vuelve a su derecha como pidiendo una explicación de lo poco que le duró el chollo; allí hay otra socia con ojos de borrego degollado, en trance, cegada también por el *efecto hache* y dispuesta a lo mismo que la atropellada. No importa que la primera esté desvanecida bajo el zopilote. A rey muerto, rey puesto. Y a otra cosa, mariposa. Y si te he visto no me acuerdo.

Esquivar limpiamente el tapiz de bananas, cambiar rápidamente de nodriza si se te estropea la otra,... lo importante es captar la atención del hipotético cliente generando sensaciones de certeza incluso en aquello que no puede dejar de ser una pura y sencilla fantasía (seducir sin más ayuda que una fragancia). Ese creativo busca el impacto expeditivo, y, algunos, sin reparar en barreras morales. Da igual. En la sociedad abierta -dicen para su conveniencia los

genios de la manipulación-, arte y osadía se dan la mano en la tarea sagrada de la competición por el cliente. El límite se traslada de la ética del creativo a la protección que el público se pueda procurar, si quiere, o puede. Quien no cuida las puertas de casa es pasto del mensaje cada vez más sofisticado que busca atrapar las esperanzas del ciudadano libre y llevarlas al redil de la compra, al de la indiferencia o al del acobardamiento.

Cronista atento de los signos culturales alarmantes que nos invaden, hace tiempo que vigilo en los informativos de las televisiones la irrupción a traición del cadáver nuestro de cada día, el asesinato casualmente filmado por el videoaficionado de turno, para cambiar de cadena y burlar a los vendedores de morbo y carroña ya que a estas alturas no puedo permanecer en el salón con el televisor apagado.

Simplemente, me protejo de los *nuevos* valores.

## **Julio**

(EL PAIS, 12.7.00)

Los meses del año, los días de la semana, y las horas del día tienen nombres curiosos, mágicos, cabalísticos o canónicos, según las culturas. El ambiguo mes de Julio, por poner un solo ejemplo, en una cultura tan próxima como la judaica ni siquiera comienza el 1; los tres primeros días pertenecen a Sivan, y Tamuz empieza el 4.

Julio, que tiene nombre de emperador, con los años se ha convertido en un mes de tránsito, de bóvedas inseguras y carreras imposibles hacia abismos (agosto) que se prometen felices, apacibles y regeneradores. Despreciado por el común de las gentes, pues los estudiantes estarán medio mes a la espera de sus condenas, los padres de los escolares sufren la angustia de la devolución de sus hijos al hogar, las abuelas ven llegar las pateras repletas de nietos en pos de la anarquía, del paraíso, los trabajadores comprueban que entre los planes soñados, las exigencias del entorno, la declaración de la renta y la realidad de la virtual paga extra se da una disparidad acongojante; o, en fin, las Administraciones de toda laya se adormecen como si estuviesen bajo servicios mínimos dignos de mejor causa; el mes de julio, decía, no goza de prestigio, y nadie le da más rango que el de ser el

bacín donde purgan los meses que empezaron en septiembre del año anterior.

Además es un mes políticamente inerte desde que las revoluciones ya no necesitan que la tropa pase al raso las primeras noches de incertidumbre. Pero algunos, quizás añorantes de riesgos no tan lejanos, aprovechan este estado de catarsis o idiocia que invade las redes familiares y profesionales para lanzar sus mejores prendas al aire y alegrar los ponientes sin misericordia que alternan con tormentones a traición en unos días donde reinan en caos el aire acondicionado, los sobacos umbríos de sudor y la letanía impertinente de quienes añaden al bochorno la evidencia verbal con apelaciones excesivas al calor que tienen, al que hace y al que hará.

Por eso el gobierno, sabedor de que andamos todos a medio huir, confundidos y agobiados se tomó este julio infausto como excusa para enarbolar la bandera de España en San Millán y la guillotina en las boticas: una de cal y otra de arena, como reza la castiza tradición española. Poner orden en las escuelas sólo dos semanas después de levantar la liebre de la historia, asegurando con el aquelarre popular que este julio del 2000 no va a quedar impune.

El caso es que no hay julio aburrido que valga. Y en éste, por si el precio de los carburantes no estaba suficientemente disparado, se han plantado hogueras en las esquinas para que el consumo no decaiga.

El mes en mantillas, y la alarma ya está servida. Porque todo el mundo sabe que si el informe de la enseñanza de la

historia que tanto polvo ha levantado, o la reunión canónica del cabildo parlamentario del PP en San Millán, se hubieran producido vísperas del 18 de julio la casualidad habría sido el detonante de la crítica fácil y de las conexiones indeseables que se hacen a una derecha con mayoría absoluta, que ha de hacer algunos gestos, unos pocos, para recordarles a bastantes de sus electores, no a todos, que su victoria tiene color nacional y que no va a pedir perdón a nadie por ello.

Si, además, se avecina el Congreso del PSOE, provocar un par de buenas noticias a la semana para que lo otro pase inadvertido, como las falaces bajadas de la temperatura que hubo ayer, parece casi una obligación.

## **Ruidos**

(EL PAIS, 3.1.01)

El día que la crecida de la grada superior este del Mestalla me privó por siempre jamás de la vista del Micalet desde mi casa, escribí un a modo de epitafio conclusivo para la esperanza ya en retirada de vivir en una ciudad habitable.

Poco después, una candidatura nacionalista y verde me invitó a participar en la presentación del programa municipal gracias al cual la ciudad iba a volverse habitable, limpia y apetecible; les dije, entre otras muchas cosas, que debían proponer las diez (o las cien) primeras medidas para mitigar, primero, y acabar luego, con la noche sin ley que se vive en algunos escogidos barrios de la ciudad vísperas de fiesta y noches de viernes y sábado, cuando en el asfalto cobra una inusitada vida la peña, la basca, la marcha, o como quiera que se llame a esa mancha bélica que se esparce a medida que la noche avanza, y esa masa se pronuncia claramente sobre el modelo de ciudad que prefiere: griterío alborozado a altas horas de la noche, carreras de coches y de motos a la búsqueda del último suspiro de esperanza en algún bar o local recomendados, y, en fin, una apuesta por la burla hacia quienes a esas horas duermen, que raya con lo delictivo.

Al epitafio que escribí sobre la hazaña del presidente del Valencia C.F. de entonces, no hubo respuesta de nadie, si exceptuamos que pocos días después cayó el general que dirigía la hueste valencianista. Me convino creer que el castigo le llegó por privarnos del Micalet, pero sé que fue un consuelo sin ganancia.

Las palabras que pronuncié en el acto del programa municipal recibieron una desaprobación radical del grueso del elemento joven presente. Al parecer, el modelo de ciudad habitable propuesto debía admitir la excepción luminosa de que, por lo menos, dos noches a la semana, la sagrada ley del silencio necesario se transgrediera impunemente...

Poco después escribí que puesto que la clase media progresa ya hace tiempo que ha huido de la ciudad a refugiarse en los *Walden Dos* de las cercanías, donde viven en colonias clónicas y a la americana, y la clase alta, o vive permanentemente fuera de la ciudad en chaletones, o, simplemente, duerme en zonas donde por las razones que sea no hay aglomeraciones de locales de marcha nocturna, el modelo de ciudad que esgrimió la izquierda en su momento se había quedado para estandarte de las sufridas asociaciones de vecinos, que ocupan en solitario la acción directa contra los excesos del modelo caótico y lesivo realmente existente.

Convencido de que era inútil luchar contra el monstruo me exilié, primero los fines de semana, y, después, el tiempo que me permite mi trabajo, y acabé residiendo la mayor parte del tiempo en un pequeño pueblo de la Serra d'Espadà, del

que sus vecinos me hicieron alcalde hace ahora año y medio, y donde intento preservar el don preciado de un silencio milagroso.

Envuelto en esta dicha a cuenta de las pequeñas vacaciones que me permiten vivir aquí la vorágine de la Navidad, el Año Nuevo y los Reyes Magos, me asalta la mala conciencia por no haber estado junto a los vecinos de mi calle valenciana (Bélgica), que con los de la calle Polo y Peyrolón luchan estos días contra el ruido, la estulticia y el abuso y se suman al bendito clamor de quiénes daríamos nuestro voto por media docena de decisiones políticas valientes para acabar con la impunidad que destroza nuestro derecho a vivir y dormir dignamente en la ciudad<sup>20</sup>.

---

<sup>20</sup> El autor se sonroja cuando ahora se asoma al balcón y comprueba que ya en la noche del miércoles merodean las cuadrillas del botellón en la simpática placeta de abajo.

## **Atrapados**

(EL PAIS, 10.1.01)

La Navidad y los fastos paganos que la acompañan apenas dejaban ver en la lejanía de un paisaje cada vez más próximo que el horror continúa, y que los jinetes del Apocalipsis no se han tomado respiro.

En plena orgía del consumo, merodeando por los exultantes banquetes gastronómicos de la ciudadanía, la peste que se cierne sobre las terneras en edad de merecer, los bichos que reparten legionela letal no se sabe bien desde donde agazapados, las primeras e inútiles bajas civiles de las gloriosas y expeditivas batallas contra el tirano serbio y el *mea culpa* de los militares chilenos por los crímenes cometidos en la era Pinochet apenas fueron óbice para la ataraxia programada de millones de almas, entre ellas las de este pueblo vividor y sufridor como pocos que es el valenciano.

Bendecidos por la descomunal y desigual suerte de la Lotería en las escalinatas de la Navidad, excelentemente colocados en el ranking estatal de la ludopatía políticamente correcta, llegaron los Reyes Magos de Oriente, que aquí

siempre fueron de Occidente, nos trajeron un tren, como a tantos niños de estas casas, que, paradójicamente, tal como sueñan a menudo los chicos en la vigilia del asalto regio a los balcones viene con kilómetros de vía de más, a pesar de los muchos menos que les pedimos en discreta y humilde carta a Sus Majestades.

Después de las Fiestas, en la castiza Cuesta de Enero, que es un inhóspito lugar para redención de cínicos e irresponsables, tocados de buena fe, no bastante satisfechos con que nos asalten las rebajas con sus sabuesos al acecho de bolsillos esquilados y se tuesten al calor de las evidencias las buenas intenciones de ese momento de gracia que las campanadas estratégicas proclaman, la realidad se expande de nuevo para advertirnos que ya está bien de dicha.

Para ese momento de la vuelta a lo obvio, el parlamento, el de Madrid y el de Valencia se escapan exhaustos de sus tenidas presupuestarias de fin de año, de siglo y de milenio hacia el bosque protegido de unas oportunas vacaciones. El despertar tendrá lugar, pues, en ausencia de sus señorías, centrifugados de las cámaras hacia el asueto silencioso.

Las respuestas al horror que nos acecha, la suma total de los veinte días más pulcramente autistas del año, la cuenta de resultados se dilatarán hasta los primeros días de febrero. Para entonces quizás todos los malhumores ya no sean noticia y la normalidad de la insistencia de los males que nos aquejan se haya vuelto aburrida, sin interés y como heredera de la rutina que no cesa.

Ya no tendrá gracia preguntar porqué para ir de València a Madrid hay que ir de excursión por la Meseta sur, como ya hacían nuestros abuelos y tatarabuelos, y como quizás haremos gente como yo, en edad provecta, justamente cuando estemos franqueando el umbral preciso en que los nietos te nombran descaradamente abuelo, y la vida empieza a contarse hacia atrás en un viaje sin velocidad al sitio desde donde viniste.

Y a pesar de todo, la preocupación más acuciante de no pocos agobiados está más en proponerse seriamente el tercer grado de una dieta espartana que en arrepentirse sinceramente de los excesos cometidos ante la mesa, la tarjeta de crédito y la triste realidad que subyacía en la molicie virtual servida por toda clase de vendedores de algo.

Miro en las cajas de turrón a media asta, supervivientes a mi cuota de autismo, y me descubro cínico, o atrapado.

## **Historia**

(EL PAIS, 21.2.01)

Dice Pere Bessó, el poeta que aprendió la lengua de su otro país para estar completo, que me ocurre como a Juan Gil-Albert, que escriba de lo que escriba siempre acabo hablando de mi mismo. Lo dice sin recriminaciones, como un cronista. Eso nos ocurre a los vanidosos, a los de ego fuerte, a los iluminados, o, simplemente, a los que de pronto, ya hace tiempo que nos estamos haciendo mayores.

Cuando con varios días de antelación se despliega la conmemoración del 20 aniversario del fallido golpe del 23-F, se me despierta el criticable ego, y aprovecho la fecha para volver sobre una reflexión ya antigua; después hablaré de mí, para no defraudar a mi admirado amigo y poeta. Y que todo vaya al cesto del dossier de lo inacabado que los cronistas ordenan ahora para que nuestra perplejidad continúe.

Aquella tarde estaba viendo en la TV la votación de investidura, cuando Tejero me sacó del aburrimiento pistola en mano. Avisé a mi gente de que estaba pasando algo grave. Puse la radio. Llamé a mis amigos desde un teléfono amigo. Menos de una hora después de aquellas imágenes, me puse en contacto con mis compañeros del Consell de Síndics de

l'Agrupació Borrianenca de Cultura, para que estuvieran atentos y, si se confirmaba lo peor, se llevasen todos los papeles de la sede de la entidad, y las Senyeras del país i de Borriana, cosa que hicieron. Les di un teléfono. Después llamé a varios partidos y sindicatos. Sólo contestaron en CC OO. Puse en contacto a mis amigos de la ABC con CC OO. Llamé a muchos sitios y no encontré a nadie. Le expliqué a un muy amigo y compañero que yo no estaba dispuesto a esperar a que nadie me llevase a una plaza de toros o a un estadio, y me tranquilizó. Esperé alguna llamada que me indicase si había que hacer algo. Pero no hubo nada. De pronto empezaron a pasar tanques por Cardenal Benlloch, mientras el silencio y el miedo se palpaban detrás de las ventanas.

Nadie salió en ninguna parte a decir nada.

Y ese fue mi drama durante muchos años. Si el golpe llega a triunfar, a la mañana siguiente se hubiera detenido a mansalva. Estábamos desprevenidos, huidos, mudos. Y como duró pocas horas, nada se llegó a notar. No fue, como ya se ha escrito, una noche para héroes.

Cuando el Rey apareció con su uniforme verde oliva, ojeroso y grave a decirnos que había llamado al orden a los sublevados, entendimos que ya era hora de dormir.

Nueve meses más tarde, casi con la exactitud que la biología a veces no cumple, nació Melissa, que ahora tiene diecinueve años y unos meses.

Cuando este verano, por una de esas casualidades que se presentan sin pensarlo, en el Village del Puerto de Castelló,

donde se reunían los participantes de las Regatas y los invitados de algunos barcos participantes, el Rey de España y algunos miembros de la tripulación del Bribón se sentaron en la mesa contigua a la nuestra a degustar un plato de paella a media tarde, esperando el momento de la entrega de trofeos, le dije a María Jesús que ese era un buen momento para decirle al Rey, cuya conversación en inglés oíamos perfectamente desde nuestro sitio, que aquella noche del 23-F nos fuimos a dormir después de verle y escucharle en la TVE, y que nuestra hija pequeña nació nueve meses después, y que se llama Melissa, que es como se sabe, el precioso nombre de una planta de propiedades tranquilizantes, llamada también Tarongina. Pero María Jesús dijo que por favor que no, que se lo dijera en otra ocasión, cuando fuera President de la Generalitat, o algo...

Así que, perdí la ocasión y tendré que esperar.

## **Para Luís**

(*EL PAIS*, 30.5.01)

Querido Luís:

Casi nunca he escrito de fútbol, ni de cosas relacionadas con el fútbol; y cuando lo hice no me refería al juego en sí, ni a los enconos sobre su entorno y circunstancias, que tanta pasión levantan.

Recuerdo, Luís, que cuando el Valencia CF decidió levantar la grada lateral este de Mestalla, escribí un lacónico responso en favor del Micalet, la torre civil de mayor prosapia de entre las forales de nuestro viejo Regne, cuya vista me negó la grada al subir sus paredones más arriba de toda prudencia. Después, y a propósito del ascenso del Vilareal C.F. a la División de Honor presenté excusas como borrianenc por haberles tenido desde tanto tiempo atrás a los naturales de la vecina ciudad como enemigos naturales irreconciliables de una Borriana que invirtió buena parte de la plusvalía naranjera en la patética actitud de mirarse complacida el ombligo. Nadie dijo nada, aunque a veces me empeño en convencerme que por el fariseísmo de coronar

Mestalla de hormigón cayó Roig a los pocos días de subir la grada contra el Micalet.

De fútbol, pues, Luís, sé poco. Pero la otra noche, y puesto que inevitablemente lo que ocurra en Mestalla me afecta (vivo justo al lado del Estadio, y ya vivía junto a él cuando llegué a estudiar a la ciudad a finales de los años sesenta), cuando el Valencia C.F. disputaba en Milán la Copa de la Liga de Campeones, me vi envuelto en el *torbellino emotivo* que se generó entre los valencianos a propósito de un partido de fútbol, y te confieso, que me transformé durante el tiempo que duró el encuentro en un acongojado e inexplicable sufridor arrojado al campo de batalla sin saber por qué razón luchar o sufrir por alguno de los dos bandos.

Tres horas de angustia, de gritos enloquecidos, de ecos del rugir de Mestalla repleto de telespectadores, de silencios catatónicos, de deseos viscerales, de alegrías momentáneas y de pequeñas frustraciones que me volvían extraño para mi mismo ante el televisor...

Y entonces, cuando la suerte terrible de los penaltis tenía que dar a unos u otros la victoria o la derrota, que era, claro está, el desenlace alternativo e inevitable del encuentro, vi tu imagen de niño que llegó con ilusión a Milán, hundido en un sincero llanto.

Y, después, pruebas de la desolación, la desorientación, una derrota amarga...

Pero mira, Luís, quienes nos crearon aquella ilusión compulsiva debieron contar que *perder* era una de las dos posibilidades, y, por ello, debían haber tenido preparada una

respuesta solvente, y, sin embargo, en la desdicha nos dejaron fríos con nuestra pena. No ordenaron ir a recibir al equipo triunfalmente, no ponderaron que llegar a la final era 'el' mérito, ni siquiera pensaron que para después de una de las dos posibilidades había que tomar decisiones antes, y no fiarlo todo a celebrar la mitad matemática de las posibilidades. Directivos, políticos y figurantes debieron reaccionar prestos ante ese llanto blanco tuyo, Luís, para que de vuelta a tu país una gran fiesta celebrase lo que objetivamente debe celebrarse: estar arriba, entre los mejores, por segunda vez y en años consecutivos.

Porque, ves, Luís, estos que nos ponen a sufrir por algo tan digno como es ese inteligente juego que es el fútbol, ni siquiera han tenido en cuenta que para borrar tus lágrimas y las de tantos otros había que celebrar dignamente y por todo lo alto la mitad de la victoria, porque la otra mitad se celebra ella sola.

Aun están a tiempo.

## **Soledades**

(*EL PAIS*, 20.2.02)

A veces los refranes, las sentencias que resumen metafóricamente los verdaderos significados cumplen a la perfección su oficio y denotan que, por ejemplo, lo que ocurre en determinadas épocas es fruto de esa previsión. Al mes de febrero se alude con frecuencia como *febrerillo loco*, y parece que ese topónimo responde sólo a una climatología caprichosa. Puede que con el permiso del Calendario Zaragozano, la locura del mes siguiente a la cuesta de enero sea ahora mismo de una naturaleza menos meteorológica.

Tan loco anda este febrero, que, apostado a los pies de mi columna mercurial, se me amontonan los temas, los retos, los estupores y las invitaciones a escribir sobre todo a la vez o de nada al tiempo, preso de la angustia que crece en la inopinada fugacidad de cada episodio, dato, declaración o efemérides y temeroso de resultar un duplicado de lo que escriben otros, o, simplemente, reiteración sin gracia de lo ya dicho.

Perplejo ante la cosecha de argumentos que se despliegan frente al lector y fiel a la máxima siempre presente de escribir sobre 'lo que queda' más que sobre 'lo que acontece' (y cito a Unamuno) anoto con preocupación que, por ejemplo, no he recibido *todavía* contestación expresa de los candidatos a rector de la Universitat de Valencia sobre la conveniencia de redactar un código ético para mejorar la maltrecha convivencia entre profesores; que sólo algunas voces tímidas y reservadas me han reconocido que he puesto el dedo en la llaga en el tema del liderazgo en el BNV sin por ello hacerse eco de su propia opinión en público; que sí, que efectivamente alguien a quien aprecio mucho me alabó mi diagnóstico sobre el cierre autocomplaciente que Aznar ofició en el reciente congreso del PP a propósito del reparto horizontal de poder político en el Estado español; o, en fin, que da igual que me ocupara del contencioso violento que aqueja a Euskadi recordando que en el 97 ya estaba ahí la posición intransigente incapaz de encontrar salidas, porque queda poco espacio para soluciones valientes.

La sensación de que a pesar de escribir para acompañar a otros en sus preocupaciones, cada vez es más difícil recibir de ellos la confirmación de su aprobación, o su crítica, o algo de colaboración la he tenido intensamente en estas últimas semanas cuando he recibido anónimas comunicaciones asegurando compartir mis inquietudes en el tema universitario, en el vasco o en el del nacionalismo valenciano pero negándose a identificarse *por miedo*, a su partido o a su universidad.

La soledad del columnista, el autismo venial, o grave -si eres víctima de tus propios demonios y frustraciones-, la aventura de componer cada glosa, dicterio o narración vertidas en la parcela donde cultivas tus mercancías proféticas, justicieras, vindicativas o, simplemente, banales te vuelven solícito al anónimo encomiástico, y al crítico, incluso al descalificador, pero quien aspira a comunicar y a influir no soporta ni los silencios ni las conmieraciones de los cínicos.

Atónito frente al *febrerillo loco* no caigo en la trampa de escribir *precipitadamente* sobre las reválidas que ya hice, la ley seca, la ofensiva gubernamental contra el supuesto autismo adolescente (Max Aub dijo en su tiempo que la adolescencia debía pasarse en la cárcel, y era progre y medio judío), el pañuelo de las niñas musulmanas, el ministerio para *entendernos* con los jóvenes, y, por si faltaba algo, la desatada polémica en contra y a favor del multiculturalismo.

Demasiada locura para tan poco febrero.

## **Cenizas**

(EL PAIS, 20.3.02)

Paseo errante la madrugada del miércoles, después de la batalla<sup>21</sup>, y me fundo en los silencios más impensados: el orden ha sido restablecido por brigadistas que son como limpiadores del campo de minas que fue durante días la varia geografía de este gigante incipiente –Valencia-, que pasó de modesta capital de provincia a notable ciudad del Mediterráneo en menos tiempo que un linaje-tipo tarda en levantar una empresa para hundirla un nieto después con más pena que gloria.

El milagro del aparente *caos* social que crece hasta el paroxismo o la guerra incruenta para congelarse en la normalidad poco después como si nada, fue, desde siempre, el espectáculo, la metáfora al acecho a que se enfrentaban los esclavos de la racionalidad y el puritanismo dignos –resignémonos-, de mejores latitudes, el *ethos* incomprendido por el nacionalismo normativo, el caprichoso *volksgeist* que heló el corazón libresco –kantiano o hegeliano, que más da-, de varias generaciones de cruzados, moralistas de la civilidad

---

<sup>21</sup> El autor está hablando de las Falles, y esta advertencia no sólo es válida para quienes no las conocen.

y progresistas/conservadores de media docena de *idées-force* identitarias cosechadas en Fanon o en Fuster.

Este dispendio energético, la clamorosa entrega social a lo banal sacralizado, la elevación a la categoría de mito de novedades casuales incluso recientes, la propia fuerza expansiva, epidémica, hobesiana de lo que rodea a la ancestral pira redentora -la falla-, que ha proyectado la catarsis a buena parte de la geografía del *antic Regne* han permanecido opacos tanto para nuestro nominalismo cartesiano, versión marxista, cuanto para nuestro *renaixentisme* vindicante, versiones Scott o Mistral, sucedáneos o epígonos, indistintamente.

Alguien sentenció entre nosotros que la democracia supondría una prueba de fuego para la pervivencia de los modos de esa explosión social que se produce de manera tan *ordenada* alrededor de la tradición, pero se equivocaba; incluso quienes confiaron en que al sumar el autogobierno a la pátina constitucional se produciría un inevitable *aggiornamento* lamentan, tristes, su imprevisión. Otros se enfrentaron abiertamente al cosmos fallero con el *vademécum* de lo deseable en la mano y acabaron mudos ante él o acomodados en él, como si se tratase de su particular peripecia a favor del miserable sino revolución/involución que acompaña por decreto a los espíritus más inquietos. Y, en fin, unos pocos, atónitos frente a la vorágine desde el principio, estuvimos en el mito como si no nos pudiese tragar, y participamos con *normalidad*, sin pretensiones en el naufragio virtual que no cesa y volvimos ilesos del laberinto al

renunciar tranquilamente a cambiar una sola coma en el jeroglífico que asalta al vecindario durante unos pocos días al año.

Derrotados sus opositores, exilados hacia segundas viviendas o andorras las viejas los más conspicuos, reducidos a la evidencia los críticos veniales y los que no, cansados los altruistas de proponer mejoras sustanciales a lo manifiestamente inmejorable, huidos hacia el anonimato glorioso de unos días de ajeteo donde *La Commune* fallera se transmuta en soberana –o eso cree ella-, el grueso de la ciudadanía es pasto gustoso de la llama colectiva, de la auto inmolación ritual que aboca a esta nada tranquila, post-orgásmica de la madrugada del *day after*.

Levanto los ojos, y el humo se fue hasta de los castillos. Piso las calles, y desapareció la ceniza. Esta *identidad* es como la de la tormenta: un enigma.

## **En la victoria**

(EL PAIS, 8.5.02)

Cuando la derrota de Milán del año pasado, escribí una columna dedicada al hijo de un amigo cuyas lágrimas al final del partido repartieron las cámaras por toda Europa. Me alié con el chico recriminando a los responsables del Valencia CF no haber tenido prevista la celebración de la otra mitad de las posibilidades a que se enfrentaba el equipo. Como se ve ahora, la *única* mitad que contaba en la agenda se celebra sola, incluso bajo una lluvia a cántaros que pasó desapercibida para la hinchada.

Esta vez no hubo *torbellino emotivo* previo al partido, y viví el encuentro tranquilamente lejos del Mestalla y sin congojas de sufridor inducido. Ahora no sentía cerca la angustia, ni los gritos enloquecidos, ni los ecos del rugir de Mestalla repleto de telespectadores, ni los silencios catatónicos, como tampoco la incierta y terrible suerte de los penaltis... Desde el principio todo apuntaba a que la *única* hipótesis que cuenta para la gente del fútbol, estaba clara: la victoria, y con ella el triunfo en la Liga.

Hoy nadie resulta responsable de dejarnos en la desdicha y fríos con nuestra pena. No necesitaron ordenar ir a recibir al equipo triunfalmente, ni tuvieron necesidad de plantearse que llegar al final y por arriba era el mérito; ni siquiera pensaron que para después de la posibilidad que no ocurrió había que tomar decisiones antes, porque se fió todo a celebrar la mitad matemática de las posibilidades. Directivos de la casa, políticos y figurantes reaccionaron sin guión previo para celebrar lo celebrable: estar arriba, entre los mejores, y ahora en la cima.

Estos que nos ponen a sufrir por algo tan digno como es ese inteligente juego saben celebrar dignamente y por todo lo alto la mitad de las posibilidades, la victoria, precisamente porque se celebra ella sola.

Eso es lo que le dije al chico entonces.

La noche del domingo la TV de casa se vació con la victoria y ofreció un *único* plano de gente vociferante, fuera de sí, con ganas de recordarles a algunos de los competidores la contundencia de su fracaso, que se sucedía a sí mismo como homenaje al *cinema verité*, que es como una cámara sin rumbo entre gente cuyo norte es sacarse de encima la adrenalina de 31 años de espera.

El directo televisivo del lunes, (la *entrada* de la escuadra *valencianista* a lomos del autobús-elefante) con guión político-religioso-corporativo previo -por otra parte obvio para las celebraciones al uso-, reeditó la poco imaginativa película de gritos, proclamas, muecas y berridos gloriosos pasados por agua combinados con la pleitesía de la comitiva a poderes

civiles y religiosos, como ocurre con la cautiva Senyera, que la rinde una vez al año con cita *exprofeso* a los pies de la estatua ecuestre de Jaume I -parada que, sin duda, el bus no hizo, aunque al final fuese el mismo *Himne* el que cerró el acto corporativo en Mestalla.

De la victoria futbolística ya hablarán los técnicos –o todo quisqui-; del espectáculo masivo puede que los sociólogos; de algunas particularidades del entusiasmo *valencianista* sucedáneo de un patriotismo políticamente operativo me perdonarán que haya ensayado leves recriminaciones desde mi mesa de politólogo; aunque, quizás los excesos y obviedades que critico no sean más que la traducción de la frustración personal que me produce el contraste entre el dispendio gratuito de tantas energías para unas cosas y la frialdad ante las que a la larga importan al conjunto de los valencianos. Es, ya digo, algo personal de un valencianista.

## **¿Irse?**

(EL PAIS, 31.7.02)

Se programan las vacaciones con una antelación casi como la de la maternidad/paternidad. A medida que se acerca la víspera entramos en un estado especial que bien podría denominarse de abandono melifluo trufado de desespero frente al calendario. La singular mezcla da modelos deslumbrantes: los hay de fijos, como el del diletante desde por lo menos mediados de julio, o los vacantes locuazmente previos desde finales de junio; incluso los agoreros fieramente anclados en el desprecio de la holganza general cuando sobreviene lo inevitable están dentro de este apartado; quizás también los alternativos que ponderan las bondades del inmovilismo para las semanas de marras cuando todo Cristo se va.

Hay también tipos variables, sofisticados, como los magos capaces de inventarse el ensueño que les espera en agosto para envidia de allegados, que no tardarán en desmentirse a sí mismos huyendo en secreto hacia el sitio mediocre de siempre; o los víctimas propiciatorias del ocio de otros –familiares o extraños–, que recitarán de nuevo su

diatriba anual contra la vacación; o los que prueban el más difícil todavía y descubren -después de haber comido en Nápoles, hecho la digestión en Túnez, y dormir en Atenas-, que la verdad de agosto se esconde en un bendito aparato que se llama ionizador, que adosado al climatizado integral (no a la simple bomba de aire frío, que incluso es nociva para la salud) del apartamento en la *banlieu* de Valencia, despeja la cabeza, mantiene la piel tersa y permite empaparse la programación del canal Viajar con deleite, precio módico, higiene y blindado contra siniestros, robos, sorpresas desagradables en los aeropuertos, mosquitos rebeldes al Autan y timos solemnes cuando el crucero ya es irreversible.

Después, claro, estamos la gente corriente: la que no va a ninguna parte, porque está bien donde está; los que hacen una escapada corta con amigos hacia sitios conocidos, sin sobresaltos ni angustias; los que repiten las mismas tonterías del año pasado a pesar de haber jurado que no lo harían más; los que se entregan, como hormiguitas hacendosas, al bricolaje más *hard* durante el vuelo canicular fuera del nido esclavo que es el trabajo; y, en fin, los que tenemos probada vocación de aumentar nuestras penas cuando las rutinas nos abandonan, metiéndonos en menesteres insólitos, impensables si nos contemplamos sólo unos años antes.

No, no hablo de cuidar nietos, ni de ligar con jovencitas, que es en lo que deben estar pensando, sino en hacer de policía de niños rebeldes esparcidos por sus padres en 2.000 metros cuadrados, en esperar estoicamente las quejas del vecindario porque a la contrata de la basura se le

ha ocurrido no pasar la noche pasada, en resolver litigios leves a propósito de perros que ladran cuando quieren, en admitir que cuando alguien se te dirige después de saludarte seguro que es para explicarte un problema del agua, de los aparcamientos, del ruido de anoche, o de unos que no sabe de donde son, o de que hay un mondongo en la *bassa* de las abluciones,...

Y eso pasa cuando te vas, pero a hacer *full time* de Alcalde de Aín, un pequeño pueblo de la Serra d'Espadà, durante tus *originales* vacaciones de agosto.

## **Al cierre**

(EL PAIS, 31.12.03)

Tentado a volver sobre los acontecimientos de este 2003 que se va y nada proclive a hacer de augur del año que estará aquí dentro de horas, prefiero volver sobre mi mismo y auscultar en la columna mi propia actitud como columnista, tomar la temperatura que me mantiene puntual a la cita de los miércoles y reiterarme en ciertas desesperanzas, para que lo que es escepticismo no acabe conquistado por el cinismo.

Escribo desde hace casi treinta años en los periódicos. He publicado cerca de 2.000 artículos de *opinión*. Empecé a publicar prácticamente al día siguiente de morir el dictador y, hasta hoy, no he dejado de hacerlo. Fui testigo de una transición a la democracia con muchas trampas, y desde entonces, opiné donde pude sobre acontecimientos, ideas, programas de gobierno, conflictos políticos y sociales, actitudes, hechos históricos y efemérides; me entusiasmé con esperanzas, maldije manipulaciones, advertí de peligros, fui víctima de improperios y acreedor de pocas, contadas y no siempre sinceras alabanzas. Fui crítico con lo que poco que

dio de sí nuestro autogobierno: critiqué a UCD, al PSPV, a AP, a UPV, al PCPV, al CDS, al PP, a UV, al BNV, incluso a los partidos con los que me sentí próximo o adherente (PNPV, PRD, BNV). Buena parte de los líderes políticos valencianos recuerdan que a menudo les traté con dureza, y que cuando había que alabar a alguien o a algo, no siempre esperé a escribir la necrológica correspondiente.

Defendí causas de impoluta progenie democrática, a veces casi en solitario; fui pionero de algunas demandas que luego llamaron la atención de los gobernantes. Escribí sobre vicios sociales y virtudes republicanas, a propósito de incapacidades políticas y de impúdicas biografías. Quise estar, casi siempre, equidistante del poder y de la oposición y lejos de la tentación de corromperme.

Seguramente, si alguien se tomase la molestia de comprobar el grado de justicia que hago conmigo mismo en estas declaraciones precedentes estoy convencido que incluso los más reacios a admitirlo se sorprenderían gratamente.

Y, ¿entonces?

Cuando miro atrás y veo el crédito que el columnismo moralizante (en el sentido republicano del término) tiene en nuestra sociedad, cuando hago balance del formidable coste de este esfuerzo comparado con la escuálida cuenta de resultados, me asalta la misma tentación: ¿Por qué no dedicar este denodado e impagable esfuerzo de moralista a algo tan apasionante como los negocios geniales que recomiendo a otros, a la literatura (como me piden los amigos de verdad que tengo), al cuidado exquisito de mi jardín

ecológico, a criar pájaros exóticos en serio (y no como ahora, que mantengo una discreta colonia de diamantes mandarines y poco más) o a reciclarme como cocinero de platos tradicionales valencianos y ofrecer comidas a los amigos más allá del fastuoso ‘arrós al forn’ de que presumo?

¿Es que alguien echaría en falta a un columnista *plasta* que nada contracorriente, que se escurre descaradamente del etiquetado patológico con el que algunos justifican todo, y que nos inquieta cada miércoles con incómodas peroratas?

¿Pasó el tiempo de las columnas ejemplarizantes? ¿Hubo alguna vez demanda de mercancías de ese tipo? ¿Nos mantienen los directores de los periódicos en la cuadra por puro y atávico respeto hacia la arqueología del periodismo?

Así las cosas ¿será por pura vanidad que volveré el próximo miércoles a la cita?

Esas son mis cuitas para el cierre<sup>22</sup>.

¡Y feliz y próspero año nuevo!

---

<sup>22</sup> Algunos lectores entendieron que el autor se despedía de la columna y le escribieron rogándole que no lo dejase. En realidad, cuando gana la literatura siempre hay malentendidos.

## **Dolor**<sup>23</sup>

(EL PAIS, 9.2.05)

Ni los versos más excelsos de todos los poetas pronunciados a torrentes frente al viento podrían romper la nube de dolor que bajando de La Todolella se instaló entre miles de atónitos oídos en la tarde de ese domingo aciago en que Carnestoltes se negó a sí mismo, regando de cuerpos sin vida la rutina.

Primero fueron confusas noticias, después cifras confirmadas; a las noticias y a los números se les fueron añadiendo nombres y apellidos, edades y procedencias; finalmente, a cada nombre le correspondió una historia, un entorno, y la radical evidencia de lo que ya fue, sin reparo, un antes y un después.

Miles de personas estuvimos en vilo para averiguar si ese terrible dato de 18 muertes injustas estaba más lejos o más cerca para convertir nuestro estupor en dolor

---

<sup>23</sup> Este artículo es quizás el más triste que jamás haya escrito el autor. Incluirlo aquí no es una casualidad.

personalizado o solo en esa fácil conmiseración que acostumbramos a adosarle al dolor ajeno.

Poco a poco empezaron a fluir los detalles y a desplegarse las circunstancias de lo ocurrido, de modo que la distancia que media entre accidente y tragedia se achicó tanto como nuestros corazones perplejos ante la abrupta catarsis de la muerte. Y fue entonces cuando en cada ausencia irrumpieron los que se quedan sin ellos, los que habrán de vivir la patética nómina de las cosas sin destino a las que ya no podrán acceder, y vino el abuso justificado de las palabras que nunca alcanzarán al consuelo de los deudos, porque las únicas preguntas, y ya para siempre, serán: ¿por qué ellos?, ¿por qué así?, ¿por qué ya?

Cuando el dolor se acunó en cada regazo e hicimos el recuento, empezamos a darnos cuenta que a esa tragedia, en principio lejana, le estaban afluyendo nombres próximos, próximos porque lo eran de nuestros amigos, cercanos porque se producían en el seno de familias a las que conocíamos, o con las que mantenían estrechos lazos, gente de nuestra propia familia.

Con angustia quise saber más, hasta que la inquietud de honesto coadyuvante en el dolor de otros se vio correspondida con la proximidad de uno de los chicos fallecidos en ese ya para siempre fatídico albergue de La Todoella. Y entonces fue cuando de las palabras que usamos para apenarnos de lo de los demás, tuve la constancia de que no bastan, y que cuando las personas que sufren ese mazazo

comparten tu propia sangre, su dolor irradia hacia ti como si viniese de un universo indomable.

Se llamaba Javier, tenía 17 años, fue a tocar con el grupo de rock que amenizaba la fiesta en sustitución de otro músico que lo había dejado recientemente; era su estreno, porque le gustaba más la música que estudiar; era guapo, feliz y adorado por sus amigos, como el resto de los que fueron a encontrarse con la muerte en La Todolella, como sus compañeros del grupo, como su manager, Edgar, otro chico de Borriana, como los dos de Les Alqueries, como la joven cantante del grupo, que era de Nules, como....

Estuve en el entierro de Javier, y me reencontré con mis primos, con los padres, y me topé con el dolor sin poesía que invadía la Iglesia de Maria Auxiliadora, y con la desorientación de los jóvenes amigos que le despedían, y con el titánico trabajo de los días que vendrán para que ese corazón abierto y desgarrado de su madre invitando a su hermano pequeño a llenarlo con su recuerdo les de fuerzas para seguir adelante.

Se me debería ocurrir un verso contundente para que fuera verdad mi pasión por la palabra, y sólo se me ocurre que no hay en el mundo una palabra que pueda resumir esta sombra alargada atrapada por la nada que debería ser el dolor compartido.

## **Bicicletas**

(EL PAIS, 11.5.05)

Aunque el título de esta columna pueda llamar a equívoco, voy a hablar de política, como siempre.

Después de veinticinco años de practicar el cicloturismo intensamente, y superada una delicada operación de túnel carpiano que me tuvo apartado varios años de ese deporte, vuelvo discretamente a él y me estreno como ciclista de ciudad.

Tres días recorriendo el mismo trayecto de ida y vuelta desde mi casa hasta el Campus de Tarongers –en València-, donde trabajo, han bastado para alarmarme del panorama al que nos enfrentamos los que de manera consciente cambiamos el coche por la bicicleta en nuestros itinerarios habituales por la ciudad. Y ello es así porque observo ahora con mayor detalle que antes -cuando no era usuario habitual de los carriles bici-, algunas particularidades fatales que antes me pasaban desapercibidas.

Unos pocos trayectos arrojan ya un saldo lamentable de inconvenientes para el necesario éxito de esa alternativa al desplazamiento con medios motorizados (ir a pié es lo propio para las cortas distancias) que es el uso de las bicicletas; porque, por ejemplo, los carriles embaldosados presentan

notables fallos en su firme; la estrechez de los mismos obliga a una atención muy meticulosa en los cruces con otros ciclistas y en los hipotéticos adelantamientos; evitar con éxito a los peatones que los invaden distraídamente exige un esfuerzo suplementario; además, algunos usuarios recorren los trayectos a velocidades poco recomendables entrando y saliendo de los carriles en una suerte de gymkhana de todo punto impresentable; por si esto fuera poco, abundan los ciclistas que o se saltan los semáforos en rojo, o buscan atajos no señalizados sin respeto para los peatones.

Todo ello me induce a pensar que la causa de la bicicleta en la ciudad no sólo se ve entorpecida por una apuesta débil de los responsables políticos, varados en la posición de no irritar la libre circulación de coches y motos con medidas valientes, y prisioneros de políticas de mínimos, sino por la explosiva mezcla de una deficiente gestión de los itinerarios con una sub-cultura de ciclismo urbano contaminada por la intemperancia propia de no pocos conductores de vehículos a motor.

Con ser todo ello mucho, todavía deben añadirse otros handicaps al panorama: la resignación con que los usuarios soportan la habitualidad en el robo de bicicletas; el poco aprecio que en consecuencia tienen por su bicicleta las hipotéticas víctimas del robo; y, el hecho de que estemos todavía muy lejos de la transversalidad social en materia de usuarios. A propósito de esto último, por el hecho de llevar chaqueta y corbata, que es como visto habitualmente, me he

sentido observado por peatones y ciclistas como *rara avis*; y, por cierto, en los tres escasos días de ciclista urbano que llevo sólo me he cruzado -entre cientos-, a otro ciclista con corbata, el Vicerrector de la UV-EG, José Maria Goerlich.

A veces, cuando hablamos de calidad de vida, de ciudades habitables, de ecología y contaminación, de ruidos y seguridad lo hacemos como bienpensantes, sin acritud ni compromisos excesivos, pero es meterte en harina, y comprobar de inmediato que a pesar de los metros de carril bici construidos desde 1979, a pesar de los programas electorales, a pesar de los grupos que presionan, a pesar de que lo deseable no sólo es racional sino necesario, algo tan simple como optar por la bicicleta para sustraer a un coche de su uso banal y excesivo en la ciudad se convierte en un auténtico drama.

## **Manifestaciones**

(EL PAIS, 15.6.05)

Ya que las reconvenciones vertidas a propósito del recurso a la calle del PP son criticadas por el propio PSOE (seguramente porque amortiza así su reciente pasado callejero en apoyo de... causas transversales)<sup>24</sup>, que dice que la calle es de todos, propongo para el festival de teatro político en la calle una nómina de sugerencias, a alguna de las cuales, podría apuntarse incluso gente como yo.

Empezaríamos con una manifestación contra la inseguridad ciudadana, desdoblándola en dos, una para los crímenes que cometen las bandas de forajidos extranjeros que campan por nuestras zonas costeras, y otra, de menor intensidad, para los cabreados por los robos que no cesan en urbanizaciones de postín y lugares apartados de la vista; después podríamos echarnos a la calle para protestar contra nosotros mismos, autores impúdicos de los atascos de tráfico cada vez más frecuentes y coadyuvantes necesarios del

---

<sup>24</sup> Durante los dos últimos años de gobierno de Aznar la calle se convirtió en el lugar preferido del PSOE. Varios meses después de la derrota del PP en las elecciones del 14 de marzo de 2004, el PP le tomó gusto a la calle con igual o mayor entusiasmo que antes el PSOE.

aumento de la siniestralidad en las carreteras; no iría mal introducir una marcha específica de los joyeros proclamando la insumisión fiscal si continúan los expolios en sus establecimientos; puede que manifestaciones contra el ruido y la desidia que se apodera de todos los territorios turísticos reuniesen a un nutrido contingente de víctimas, cuyo error fue acudir donde está la algarabía en lugar de quedarse en casa a pasar el verano sin traumas, ni agobios; todo ello, claro está, señalando a los culpables con nitidez para lograr quórum.

En el calendario no debería olvidarse la gran manifestación para dos días antes del apagón nuestro de cada verano, advirtiendo que nunca más estamos dispuestos a sufrir esa burla de la técnica, ahora que con el móvil se puede mandar dinero en metálico a otro usuario, si no lo he entendido mal, que supongo que sí. Tampoco debemos pasar por alto que con tanto efecto llamada en nuestras playas va a haber *overbooking* de hamacas, y eso es algo que debería reivindicarse que no ocurra. Ya puestos, si persiste la sequía podríamos organizar la gran marcha árida para, por una parte, rezar, como se hacía antes, para que llueva, y, por otra, maldecir a los culpables terrenales que nos niegan el agua, que esos sí, son conocidos por todo el mundo. Si de paso alguien vuelve a meter la pata en el tema de la lengua (¡toquemos madera!), o si va a más el cabreo contra el Estatut de las mayorías, nos montaríamos una de cultureta y otra de *small are beautiful*.

Podrían hacerse, también, manifestaciones híbridas, o trufadas, es decir, un poco de lengua, otro poco de agua y una pizca de mosqueo con la política de inmigración para un día; apagón, robos, Archivo de la Corona de Aragón y Carod, para otro; muertes violentas, bomba de aviso en playa lejana y pre-jubilación de los funcionarios (¡nunca creí que se atrevieran a tanto! ¡Temblad notarios y registradores...!) ya para el mes de agosto, con la bandera del mohín definitivamente a media asta...

Sin embargo, mis críticos me dicen que estoy equivocado, que esto de la calle tiene el finiquito adosado para el próximo sábado, día de reflexión de la campaña electoral para la elección del parlamento gallego, y que todo es fruto del desliz que el PSOE le aplaude al PP por mala conciencia de cuando entre caceroladas, manis, *nunca más* y estopa mediática a Aznar la calle se le quedó estrecha, y que tras el hipotético vapuleo electoral del PP en Galicia las gaviotas se irán más allá de la feroz línea que separa el mar de las rocas, ahora ya sin chapapote.

¡No me lo puedo creer!<sup>25</sup>

Aín, 28 de diciembre de 2005.

---

<sup>25</sup> Y, efectivamente, no pasó así, porque el PP se ha emborrachado de calle y no para. La calle tiene imán para la política española.